EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MALA SEMILLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1875.

LA MALA SEMILLA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

Sueños de amor y ambicion.
La córte del rey poeta.
Juan el Tullido (2.ª edicion).
Las Germanías de Valencia.
La muerte de Jesús.
La hija de Fernando Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
Los extremos.
Calamidades.
Ver y no ver (2.ª edicion).
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
El maestro de baile (4.ª edicion).
¡Alumbra á tu víctima!...
La mosquita muerta (4.ª edicion).
El que siembra recoge (zarzuela, 2.ª edicion).
Las garras del diablo (juguete lírico, 2.ª edicion).
Recuerdos de gloria (juguete lírico, 2.ª edicion).
Sálvese el que pueda.
Géneros ultramarinos.
La dicha en el bien ajeno.
El Cura de aldea (7.ª edicion).
La mala semilla. (2.ª edicion).
Gil Blas (zarzuela).
El rey de bastos (2.ª edicion).
Retratos y originales.
El movimiento contínuo (2.ª edicion).
Caricaturas.
Lo tuyo mio.
El corazon en la mano (2.ª edicion).
El músico de la murga.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

El Cura de aldea (novela, 2 t. 7.ª edic).
El mártir del Gólgota. Tradiciones de Oriente. 2 t. 4.ª edicion.
La caridad cristiana. 2 t. 3.ª edicion.
El corazon en la mano. 2 t. 3.ª edic.
La mujer adúltera. 2 t. 4.ª edicion.
El frac azul. 1 t. 3.ª edicion).
Las obras de misericordia. 3 t. 2.ª edic.
La calumnia. 2 t, 2.ª edicion
La esposa mártir. 2 t. 2.ª edicion.
La envidia. 2 t. 2.ª edicion.
Los hijos de la fe. 2 t.
Los ángeles de la tierra. 2 t 2.ª edic.
La perdicion de la mujer. 2 t.
Los matrimonios del diablo. 2 t.
El pan de los pobres. 2 t.
Escenas de la vida. 3 t.
El amor de los amores. 2 t.
El infierno de los celos. 2 t.
El manuscrito de una madre. 1.ª y 2.ª parte. 4 t.
Los desgraciados. 2 t.
Los que rien y los que lloran. 2 t.
El ángel de la guarda. 2 t.
La comedia del amor. 2 t

LA MALA SEMILLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro del PRÍNCIPE, á beneficio del primer actor D. Fernando Ossorio, la noche del 6 de Mayo de 1859.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	D.ª JOSEFA PALMA.
INÉS	D.ª JOSEFA OSSORIO.
JUANA	D.ª BALBINA VALVERDE.
DON PEDRO	D. FERNANDO OSSORIO.
LUIS	D. JOSÉ OLONA.
DIEGO	D. EMILIO MARIO.
ANTONIO	D. JERÓNIMO SUNYÉ.
CÁRLOS	D. EDUARDO MOLINA.
UN SARGENTO	D. BENITO CHAS RE LAMOTTE.
UN CRIADO	D. RAMON BENEDÍ.

Acompañamiento de caballeros y soldados.

La accion se supone, el primer acto en una casa de campo cerca de Carabanchel, el segundo y tercero en Madrid, época actual.

A Dolores.

Á tí, que has compartido conmigo con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazon las penalidades y amarguras que azotan y envejecen á todo escritor en los primeros pasos de su difícil y espinosa correra. Á tí, la madre de mis hijos, mi querida esposa, dedico este drama, en donde el corazon ha reemplazado á la cabeza, porque lo he escrito separado de vosotros, pensando en tí, en mi adorada Cármen, en mi querido Enrique.

En él, pues, os envio mi amor y mi corazon. Recibidlo con cariño, porque él es el mensajero que os anuncia que pronto tendré la dicha de estrecharos contra mi pecho.

Enrique.

Madrid 4 de Mayo de 1859.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en una casa de pueblo. Al fondo una puerta y dos ventanas practicables, á través de las cuales se ve el campo y algunos árboles: en el primer término de la derecha otra ventana, en donde hay algunas macetas de flores: en el primero y segundo término de la izquierda dos puertas. En las blancas paredes de la habitacion habrá algunas estampas. Un armario de pino entre las dos puertas de la izquierda. Las sillas y los demas muebles tambien de pino. Una mesa y un sillon de baqueta junto á la ventana de la derecha. Todo debe respirar aseo y modestia. (La derecha é izquierda será siempre la del actor.)

ESCENA PRIMERA.

LUISA, con un libro en la mano, leyendo junto á la ventana de la derecha. JUANA, á su lado, sentada, dormida.

LUISA. (Leyendo.) «Alberto abrió la caja y Esperanza »vió el adorno más rico que novia alguna »hubiera podido desear: el velo y el vestido »eran de encaje de Alenzon, encaje de boli- »los de una finura y un dibujo incompa- »rables.»
Juana, ¿te duermes? (Representando.)

JUANA. (Despertando.) ¡Yo! ¡qué!
pues si se me cae la baba

de oir eso...

LUISA. ¿En dónde estaba?

JUANA. Cuando él... y ella... Lea usté.
(Vuelve á dormitar.)

LUISA. (Leyendo.) «Alberto sacó del fondo de la caja »un cofrecillo, y presentándoselo á la jó»ven desposada, le dijo: aquí tienes el va»lor de dos millones en diamantes, perlas y »rubíes: todo es tuyo; luego comenzó á ador»nar la encantadora cabeza, los blancos y »torneados brazos de Esperanza. Cuando hu»bo terminado, cogiendo un pequeño espejo, »fué á colocarlo delante de su amada, la cual »dió un grito, que era la expresion del pas»mo, del reconocimiento, del amor.» (Pausa.)
El lujo, la ostentacion, (Representando.)
el amor, la poesía...
este libro acabaría
(Arroja el libro sobre la mesa.)
por trastornar mi razon.
(Pausa: se levanta y se apoya en la ventana.)
—Yo siento un amor profundo
nacer en mi alma dormida
por los goces de otra vida,
por el esplendor del mundo.
Bellos sueños que embriagan
la exaltada mente mia,
que mueren si nace el dia
y por la noche me halagan.
(Pausa: Luisa, mientras dice el resto del monólogo, va deshojando las rosas de una maceta de las que hay en la ventana.)
—Las flores, las auras suaves
que aquí tranquila respiro,
la calma de este retiro
y los cantos de las aves,
tener suelen la virtud
de endulzar nuestros dolores;
pero esta calma, estas flores
agostan mi juventud...
viendo mi vida correr
como el agua de una fuente,

que sigue pausadamente
el mismo curso que ayer.
Siempre igual... Eterna calma
que está mi vida agostando...
siempre los ojos velando
y siempre soñando el alma.
(Luisa se queda un momento pensativa: luégo, al ver á Juana dormida, la sacude el brazo con violencia.)
¡Juana! ¡Juana!

JUANA. (Despertando.) Allá voy... ¡Ah!
(Se levanta y se dirige hácia el foro: luégo repara en Luisa, y vuelve al proscenio.)
¡es usted! ¡Yo que iba á abrir!

LUISA. Juana, tu eterno dormir
es insoportable ya.

JUANA. Señorita, con franqueza,
oyendo leer me quedo
dormida. Vamos, no puedo;
está en la naturaleza.
(Luisa se asoma á la ventana, volviéndole la espalda á Juana: ésta se acerca á ella y le dice con zalamería.)
¿Acaso está usté enfadada
conmigo?

LUISA. Déjame.

JUANA. Bien:
si yo á todo digo amen.

LUISA. No me sirves para nada.

JUANA. Eso no es verdad.

LUISA. (Mirando al campo por la ventana.) ¡Ah!

JUANA. (Asomándose á la ventana.) ¿Qué?
¡Calle! ya está ahí el cazador
de marras. ¡Cuánto calor
pasa el pobre por usté!
Y es guapo y muy consecuente,
y no es ningun zascandil,
segun el aire gentil
que ostenta.

LUISA. ¡Qué impertinente!

JUANA. ¿Á qué viene ese recelo
si yo sé que usted le quiere,

y que el infeliz se muere
por esos ojos de cielo?
Y despues el señorito...
(Luisa hace un gesto de impaciencia.)
Vamos, no tuerza usté el gesto.
(Entra por la ventana una piedra envuelta en un papel.)
¡Ah!

LUISA. (¡Imprudente!)

JUANA. (Recogiendo el papel.) ¿Qué es esto?

LUISA. Dáme. (Se lo quita.)

JUANA. ¿Será un billetito?
Vaya, no hay que sonrojarse.

LUISA. Juana... ¡qué pesada eres!

JUANA. Los hombres y las mujeres
han nacido para amarse.
(Luisa se guarda el papel, se sienta y coge el libro. Juana se asoma á la ventana.)
¡Calle! pues ya se ha marchado... (Pausa.)
¡Qué cabeza!... Señorita,
(Como recordando una cosa olvidada.)
si usted no me necesita,
voy ahí á dar un recado.

LUISA. Puedes ir adonde quieras.

JUANA. (Ella guarda su secreto,
mas por quien soy la prometo
que rendirá sus banderas.) (Váse por el foro.)

ESCENA II.

LUISA, sola. Despues de recorrer con una mirada la escena, saca la carta y lee.

(Leyendo.) «Luisa, hace tres años que sigo á »usted constantemente por todas partes: he »procurado descifrar el misterio de su vi»da, pero todo me ha sido imposible. Si es »verdad que usted me ama, si cree en es»te amor que da vida á mi corazon, es »preciso que termine la lucha incesante que »me mata. Estoy resuelto á saber hoy mis-

»mo, cuál es la suerte que me está reserva-
»da. Nada me importa su clase ni su fortu-
»na. Soy rico, independiente, y sólo veo en
»usted... el hermoso ángel de mis ensueños;
»la única mujer que puede hacer mi feli-
»cidad.—Luis.»

(Representando despues de una pausa.)

¿Por qué la duda... el temor
me oprimen?... ¿Su afan constante,
no me ha dicho lo bastante
para creer en su amor?...
¿Á do quiera que el destino
me va empujando inclemente,
no hallo á ese hombre frente á frente
en mitad de mi camino?
¿No habrá en el mundo cien bellas
que su amor envidiarán?
¿No le veo con afan
seguir mis inciertas huellas,
repitiéndome «te adoro?»
¿No le ama mi alma adormida?
¿No puede él dar forma y vida
á mis bellos sueños de oro?
¿Por qué, pues, desconfianza,
te gozas en destruir
la aurora del porvenir
que sonrie en lontananza!

(Luisa se deja caer en el sillon y se cubre la cara con las manos. Antonio entra por el foro sin reparar en ella: deja el sombrero y el baston junto al armario, y sacando una bolsa que figura estar llena de dinero, abre el armario, la coloca en uno de sus estantes, y cierra luégo dejando la llave en la cerradura. Se vuelve y repara en Luisa.)

ESCENA III.

LUISA, ANTONIO.

ANT. Buenos dias.
LUISA. ¡Quién!
ANT. Soy yo.

Ya estamos todos aquí.
Mucho se madruga.

LUISA. (Distraida.) Sí.

ANT. ¿Ha venido mi hija?

LUISA. (De mal humor.) ¡No!

ANT. ¿Qué tal, cómo se ha pasado
la noche?

LUISA. (Con indiferencia.) Bien.

ANT. Eso es bueno,
pues siempre gana terreno
la salud.
(Se acerca y la contempla un momento.)
¡Usté ha llorado!...
Á usted la ha ofendido alguno;
si álguien le faltó al respeto,
nómbrele usté, y le prometo
se ha de acordar.

LUISA. (¡Qué importuno!)
Nadie aquí se propasó
ni hay nadie á quien castigar.
Para hacerme respetar,
Antonio, me basto yo.

ANT. (¡Cuando digo yo que... nada!
ha de conseguir su padre;
si, es lo mismo que su madre,
lo mismo, pintiparada.) (Momento de pausa.)

ESCENA IV.

DICHOS, INÉS, por el foro, con un ramo de flores en la mano.

INES. Buenos dias, señorita.
(Corre á donde está Antonio.)
¡Padre!

ANT. ¡Hola!

INES. Pronto ha vuelto
usted.

ANT. Sí.

INES. ¿Está usted malo?

ANT. No.

INES. (Á Luisa, presentándola el ramo.)

¡Señorita!

LUISA. (Con indiferencia.) ¿Qué es ello?

INES. ¡Un ramo de flores!

LUISA. ¡Flores!
Yo para nada las quiero.

(Luisa, que habrá cogido las flores maquinalmente, las tira encima de una mesa y se va sin saludar por la puerta de la izquierda. Inés se queda un momento contemplando el ramo. Antonio se sienta en uno de los extremos del teatro, despues de haber cambiado una mirada con su hija.)

ESCENA V.

ANTONIO, INES.

INES. ¡Si yo lo hubiera sabido!... (Cogiendo el ramo.)

ANT. Mira, Inés, al que está enfermo
como Luisa, se le debe
dispensar.

INES. Padre... yo creo
que tiene mal corazon
Luisa.

ANT. Inés, no digas eso.

INES. Ya ve usted que yo me afano
por complacer sus deseos,
y ella, en cambio, con dureza
me trata.

ANT. Basta: no hablemos
más de esas cosas. Es la hija
de un amigo á quien respeto,
y á quien tenaz la desgracia
persigue.

INES. Está bien.

ANT. (Viendo salir á Juana.) (¡Silencio!)

ESCENA VI.

DICHOS, JUANA, por el foro.

JUANA. ¡Jesús! ¡Jesús!

ANT. ¿Qué sucede?

JUANA. ¡Madrid es un cementerio!
ANT. ¡Cómo!
JUANA. ¿Conque usted no sabe
que ha habido un pronunciamiento
esta noche?
ANT. No señora.
JUANA. ¡Pues flojo ha sido el jaleo!
Dichosos los que habitamos
tranquilamente en un pueblo,
y despues, lo que yo digo,
como nunca están contentos...
y el mundo va ya de capa
caida... estamos... y luégo...
ANT. (Distraido.) Sí, sí.
JUANA. Los unos que es blanco.
ANT ¡Basta!...
JUANA. Los otros que es negro.
ANT. ¡Acabará usted! (De mal humor.)
JUANA. (Continuando sin hacer caso.) Gritaban:
¡Viva esto! ¡Viva aquello!
Y gracias á un general,
que echando su cuerpo en medio
puso fin á la jarana,
que á no ser así....
ANT. Bien. Y eso
¿cómo lo ha sabido usted?
JUANA. Como que he estado en el pueblo,
y apenas llegué á la plaza
me contaron el suceso.
¡Toma! Y dicen que despues
se han llevado al Saladero
á todos los revoltosos,
y que otros andan huyendo
por los campos. Justamente
han venido para eso
unos soldados que están,
yo los he visto...
ANT. ¡Bien, bueno!
JUANA. ¡Si hay más de una compañía!
Dicen que van persiguiendo
á los que se han escapado.
¡Si está Carabanchel lleno

de tropas!

ANT. ¿Y á qué hace usted tantas visitas al pueblo?

JUANA. Oiga usted, señor Antonio...

ANT. ¿Va usté á contarme de nuevo?...

JUANA. No es eso lo que...

ANT. Bien, bien; tampoco quiero saberlo.

JUANA. Es que yo...
(Siguiendo á Antonio, que se habrá apartado de ella.)

ANT. Déjeme usted.
(Dando un grito y un puñetazo en la mesa.)

JUANA. (¡Hum! ¡qué demonio de viejo!
¡qué gruñon!... Si al fin ha sido...
soldado... ¡qué tendrá bueno!)
(Juana entra en el cuarto de Luisa. Antonio se sienta en una silla y se queda pensativo.)

ESCENA VII.

ANTONIO, INÉS. Inés, que desde la mitad de la escena anterior se habrá ocupado en colocar el ramo dentro de un jarro y arreglar las macetas de la ventana, al volverse y ver á su padre sentado y pensativo, le dice con dulzura.

INES. ¿Qué tiene usted?

ANT. Hija... nada.

INES. Algo ha sucedido aquí (Pausa.)
y usted me lo oculta. ¡Oh! Sí:
(Antonio procura ocultar su mirada de la de Inés, que fija sus ojos con ternura en los de su padre.)
me lo dice esa mirada.

ANT. ¡Qué diablos! á lo hecho pecho.
Quien bien hace, bien recibe,
y siempre es rico el que vive
de sí mismo satisfecho.

INES. ¿Pero á qué viene eso?...

ANT. ¿Á qué?
Oye. Sabes, hija mia,
que esta huerta, esta alquería

no son nuestros.

INES. Ya lo sé.

ANT. Son de un hombre á quien serví,
recto corazon, hidalgo,
á quien debo lo que valgo;
por él estamos aquí;
él esta casa nos dió
con mano franca y amiga.

INES. Padre, que Dios le bendiga
como le bendigo yo. (Con naturalidad.)

ANT. Hoy de su patria emigrado,
de su persona en rehenes
le han confiscado los bienes.

INES. ¡Dios mio!

ANT. Está arruinado.
Ya comprendes, hija mia,
que le hará falta dinero
y que sufra más no quiero:
he vendido esta alquería.
Yo pensaba aquí esperar
mi última hora tranquilo,
pero mañana, este asilo
tendremos que abandonar.
Esto mi deber me exige.
¡Dios nos mira! En Dios confío,
que más tu dolor que el mio
en este instante me aflige.

INES. ¡Padre!

ANT. Porque al verte así,
sin amparo... (Enjugándose una lágrima.)

INES. ¡Padre, no!

ANT. Solo por ti sufro yo,
por tí, hija mia, por tí.

INES. ¿Por eso va usté á llorar?
¡Vamos, padre, qué niñada!
¿No sirvo yo para nada?...
¿no sé acaso trabajar?
¡Vaya, y tanto como se!
¿Pues qué, yo no soy mañosa,
aplicada y hacendosa?
Pues bien, yo trabajaré.
No se aflija usted por Dios.

Mañana á Madrid nos vamos;
¡verá usted qué bien estamos!
Yo ganaré por los dos.

ANT. ¡El corazon se me salta!
Verte tan jóven así...

INES. ¿Qué más placer para mí
que nada le haga á usted falta?
De pronto, para marchar
no hemos de pasar gran pena;
aún tenemos mi cadena,
mis pendientes, mi collar...
y verá usted, yo bordando
á su lado todo el dia
estaré...

ANT. ¡Pobre hija mia! (La abraza.)

INES. ¿Se va usted ya consolando?

ANT. Un ángel de bendicion
eres. Con tu bondad santa
la miseria no me espanta.

INES. Tengamos resignacion.

ESCENA VIII.

DICHOS, LUIS y DIEGO, en traje de cazadores.

LUIS. Buenos dias. (Desde el foro.)

ANT. ¡Eh! ¿quién es?

DIEGO. ¡Hola! felices, buen viejo.

INES. Le buscan á usted. ¿Le dejo?

ANT. ¿Á mí? No. Quédate, Inés.
¿Qué se ofrecía, señores?

DIEGO. Pues señor, estoy sudando.
(Limpiándose el sudor.)
Nada; estabamos cazando
por estos alrededores.
Y como el calor derrite,
hartos de andar y sudar,
entramos á descansar
si es que usted nos lo permite.

ANT. Tomen ustedes asiento,
que á nadie niego mi casa.

2

DIEGO. Gracias. (Fortuna no escasa
es este recibimiento.)

ANT. (¿Quién sabe si éstos tambien
perseguidos, acosados,
lleguen aquí disfrazados
y puedo hacerles un bien
abriéndoles mi morada?...)
¿Dicen que en la córte ha habido
jarana?

LUIS. Sí.

DIEGO. Pero ha sido
poca cosa... casi nada.
La policía va al trote
cogiendo á los revoltosos;
algunos hombres medrosos
se quitarán el bigote;
registrarán oficinas
y casas particulares;
irán algunos pelgares
á vivir á Filipinas;
la intervencion militar
le echará á Madrid la mano
y habrá lo de... «¡Atrás paisano!
¡eh! ¡no se puede pasar!»
y comentando la historia
ese motin como quiera,
enterrarán al que muera,
y aquí paz y despues gloria.

ANT. ¿Conque ya purgan su yerro
algunos?

DIEGO. Por de contado.
Mientras no hayan encontrado
al noble marqués del Cerro...

ANT. ¡El marqués! ¡El general!

DIEGO. Sí: qué, ¿usted le conocía?

ANT. De nombre... pero creía
que se hallaba en Portugal
emigrado...

DIEGO. Justamente:
pero como es decidido
y hombre ademas de partido,
del motin se puso al frente.

El cómo llegó á Madrid
nadie hay que decirlo pueda,
mas ninguna duda queda
que fué el héroe de la lid.
—Mas políticas cuestiones
dejemos por la cocina,
pues tengo un hambre canina:
ahí van estas provisiones.
(Sacando del morral alguna cosa que entrega á Antonio.)

LUIS. (¡Hombre!) (Tirando del brazo á Diego.)

ANT. Tiene usted razon;
y dispensen mi torpeza,
pues no tengo la cabeza...
(No hay duda, emigrados son.)
Por un momento los dejo.
Voy allá dentro á arreglar...
Cuando esté vendré á avisar.

DIEGO. Muchas gracias.
(Antonio é Inés entran por la segunda puerta de la izquierda.)
¡Pobre viejo!

ESCENA IX.

LUIS, DIEGO.

DIEGO. ¡Con qué dulzura tragó
la píldora el pobre!

LUIS. Sí,
pero temo...

DIEGO. ¡Pésia mí!
¡Temer estando aquí yo!
Nada, ó me lleva Satán
ó cima doy á esta hazaña:
ya que estamos en campaña
adelante con mi plan.

LUIS. Diego, yo no sé qué hacer;
mas todo lo arrostraría,
todo, porque fuese mia
esa preciosa mujer.

DIEGO. Sabes que cuando hay dinero

todo lo arreglo y allano...
sobre todo, que no en vano
soy tu amigo y consejero.
Vamos á ver, ¿no es aquí
donde vive oscurecida
tu bella ilusion querida?

LUIS. Aquí vive.

DIEGO. Bueno.—Dí:
segun la vieja asegura,
¿no sueña en dijes y galas,
pensando en tender las alas
y dejar esta clausura?
En sus locas ambiciones,
¿no es su deseo profundo
el esplendor del gran mundo
y el lujo de los salones?

LUIS. Sí, pero te sé decir...

DIEGO. Cuando está así una mujer
poco resta ya que hacer;
la robamos y á vivir...

LUIS. ¡Diego!

DIEGO. No seas inocente;
ese es el mejor camino,
lo demas es desatino.
Un rapto, hoy mismo... en caliente.
Porque si ella está en un potro
y sufre á no poder más,
si hoy no lo haces tú, quizás
mañana se irá con otro.
Desengáñate, no hay una
que se resista al influjo
de los placeres, al lujo
y al brillo de la fortuna.

LUIS. Calla, Diego, me haces mal;
no conoces á Luisa.
¡Si tú vieras la sonrisa
de su boca angelical!
Lo confieso sin rubor;
la amo como nunca amé,
y—quizás me engañaré—
mas tambien creo en su amor.

DIEGO. ¡Amor, amor! ¡Vicio feo!

Frase hermosa, tersa, culta,
tras la cual el hombre oculta
la vergüenza de un deseo.
En fin, yo no me acomodo
á lo que tú te acomodas,
pues suelo dudar de todas
y algunas veces de todo.

LUIS. Si ella se niega...

DIEGO. ¡Bobada!
Vamos á lo que interesa.
¿Realizamos nuestra empresa?
¿nos llevamos á tu amada?
¿Á qué hemos venido aquí?

LUIS. ¡Ay, Diego! No sé qué debo
hacer, pero no me atrevo...

DIEGO. ¡Toma! ¿Ahora estamos así?
Adios. (Levantándose y dirigiéndose al foro.)

LUIS. Oye.

DIEGO. Nada.—Adios.

LUIS. ¿Y me dejas de este modo?
Ven; estoy resuelto á todo.

DIEGO. ¿De veras?

LUIS. Si entre los dos...

DIEGO. Es verdad, no hay disidencia.
Nada, en tu Mentor confía.
Sin mí ¿quién te salvaría?

LUIS. Sin embargo, la conciencia...

DIEGO. ¡Dale! Como se deslice
otra frase de tu boca,
me voy.—La conciencia es loca,
no sabe lo que se dice.

LUIS. ¡Qué dolor no sufrirá
su padre!

DIEGO. ¡Qué niñerías!
La llorará cuatro dias,
mas luégo se alegrará.
Triste y pobre la ve ahora:
¿no será en llorarla un tonto
cuando la mire de pronto
convertida en gran señora?

LUIS. Diego, yo sé que obro mal,
mas tu acento me alucina

y esa mujer me fascina.
Lo haré todo.

DIEGO. Es natural.
La chica sueña en dejar
esta mezquina morada;
la vieja está ya ganada,
¿qué más puedes desear?
Por lo que hace á mí, un tesoro
soy, no omito sacrificios,
siempre y cuando mis servicios
puedan producirme oro.
Esa es mi piedra de toque:
por un billete de banco
sirvo al negro y sirvo al blanco,
y lo mismo al rey que á Roque.
Há tiempo nos conocemos:
ya sabes que soy audaz,
que nunca cejo, y capaz
de todo... pues triunfaremos.
Á tí quiso darte Dios
riquezas... á mí osadía.
Una audacia... como mia.
¿Quién nos resiste á los dos?
¡Nada!... el rapto... y á vivir.
Te lo juro por mi nombre;
me he propuesto hacerte hombre,
y lo voy á conseguir.

ESCENA X.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. Cuando ustedes gusten.
LUIS. ¿Vamos?
DIEGO. ¡Pues si tengo un apetito!
Y despues, á cualquier hora
agradece el indivíduo
unas lonjas de jamon
y una botella de vino,
que fortifican la carne
y despejan los sentidos.
¿Dónde?...

ANT. En esa habitacion
á la derecha.

DIEGO. ¡Magnífico!

(Entra por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

ANTONIO, solo.

¡Si es cierto lo que dijeron
esos hombres!... Necesito
ir á Madrid: sí, mañana...
¿No fuera mejor hoy mismo?
¡Mas cómo encontrarle?... Acaso
sepa dó está algun amigo...
Sí, sí, en cerrando la noche
partiré, estoy decidido.
Bien hice en vender la casa,
que en estos momentos críticos,
teniendo mi señor oro
no corre tanto peligro.
Me quedo pobre... ¡corriente!
(Saca la bolsa del armario, y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.)
Alguna vez seré rico.

ESCENA XII.

ANTONIO, D. PEDRO, aparece en el foro. Su fisonomía es distinguida. Viste un traje de hombre del pueblo. D. Pedro se acerca donde está Antonio y le dice poniéndole la mano sobre el hombro.

PEDRO. ¡Antonio!

ANT. ¿Quién? ¡Ah! ¡Es usted!
(Volviéndose y reconociendo á D. Pedro.)
¡Señor marqués!
(Se quita el sombrero. D. Pedro le coge la mano y le vuelve á poner el sombrero, diciéndole en voz baja.)

PEDRO. ¿No recuerdas
que me llamo Juan García,

y que puede una imprudencia
perderme?

ANT. Es verdad.

PEDRO. Escucha,
Antonio. Solo por ella
abandoné á Portugal:
tu me decías que enferma
se hallaba, lo olvidé todo,
y arriesgando mi cabeza
á Madrid vine, temiendo
que lejos de mí muriera.
Llego á la córte; sus calles
inmenso gentío puebla;
oigo una descarga; el grito
de la insurreccion resuena;
recuerdo que soy soldado,
que de mi patria me alejan
mis opiniones; la sangre
siento arder dentro mis venas;
y sin vacilar, me lanzo
en medio de la refriega.

ANT. Muy mal hecho; pues si alguno
le conoció á usted...

PEDRO. No temas:
nadie me vió.

ANT. Mas con todo,
la policía anda alerta
por Madrid.

PEDRO. Sí, sí; mañana,
ántes que el sol amanezca,
parto á Portugal. Luisa
vendrá conmigo; sin ella
no puedo vivir, Antonio.
Yo necesito tenerla
á mi lado, es mi segunda
vida.

ANT. Como usted quiera.
¿La digo que usted...
(Dirigiéndose hácia el cuarto de Luisa.)

PEDRO. (Deteniéndole.) No, aguarda.
Dime, Antonio: ¿no se acuerda
de su padre?... te pregunta

por mí?

ANT. Señor... con franqueza,
lo que es Luisa no vive
con nosotros muy contenta.
Llora mucho... de su suerte
contínuamente se queja...

PEDRO. ¿Pero piensa en mí?... ¿me nombra?

ANT. Yo le diré á usted...

PEDRO. No mientas... (Pausa.)
la verdad solo... lo exijo.

ANT. Pues bien, señor, no se acuerda.
Como una gota á otra gota
á su madre se asemeja,
y... francamente, señor,
ni la educacion modesta
que aquí recibe, ni el aire
del campo, logran que pierda
ese afan de figurar,
y esos humos de gran reina.

PEDRO. Tienes razon, me he engañado.
Pues Dios lo quiere, así sea.
La educacion no ha podido
vencer su naturaleza.
Tú lo has dicho: de su madre
tiene la sangre en las venas:
de su madre, que cegada
por el lujo y la opulencia,
mientras que yo me adquiría
un porvenir en la guerra,
mató la dulce esperanza
de mi amor, se olvidó de ella...

ANT. Señor, ¿á qué recordar?...

PEDRO. Es verdad.

ANT. ¿La llamo?

PEDRO. Espera:
yo la llamaré. Ahora importa
que vayas al pueblo. Arregla
el viaje... para mí
un caballo. En la frontera
de Portugal os espero.
Tú tomas la diligencia
en Madrid para reunirte

conmigo. Vienes con ella.
ANT. Voy pues.—Tome usté. (Le da la bolsa.)
PEDRO. ¿Qué es esto?
ANT. Mis ahorros; yo quisiera
(D. Pedro hace un ademan para que se los guarde Antonio.)
que fuese mayor la suma...
(¡Pobre señor!... que no sepa...)
PEDRO. Corre, Antonio.
ANT. Voy volando
y bien pronto doy la vuelta. (Váse.)
(D. Pedro llama en la puerta de la habitacion de Luisa.)
PEDRO ¡Luisa!... ¿Por qué el corazon
late con tal violencia?

ESCENA XIII.

D. PEDRO, LUISA.

LUISA. ¿Es usted? (Saliendo.)
PEDRO. (Abriendo sus brazos.) ¡Hija adorada!
LUISA. ¡Señor!... (Sin moverse del sitio.)
PEDRO. ¿Por qué te detienes?
¿Por qué á abrazarme no vienes?
LUISA. Padre, soy muy desgraciada. (Le abraza.)
PEDRO. Quiero saber la razon
de ese llanto.
LUISA. Padre mio,
ese llanto es el rocío
de mi pobre corazon,
pues la desgracia inclemente
por do quiera nos alcanza.
PEDRO. Tú eres jóven; la esperanza
debe brillar en tu frente.
LUISA. En ella nunca ha brillado
el astro de la alegría.
PEDRO. Pero hay un Dios, hija mia,
que protege al desgraciado.
Así pues, tus penas calma,
no acrecentes mi dolor,
y piensa que es la mayor

riqueza la paz del alma.

Luisa. Padre, yo no sé mentir:
estas lágrimas que vierto
brotan al ver el desierto
que me brinda el porvenir.
Y aunque con eterno afan
mis sueños borrar pretendo,
á do quier la vista tiendo
allí los veo, allí están.

Pedro. Sin justa razon se altera
tu espíritu, mas no penes.
Eres jóven. Padre tienes.
¡Hay un Dios!... confía, espera.
Cese por fin tu llorar,
y no olvides, hija mia,
que es mi vida tu alegría
y mi muerte tu pesar.
Pobre soy: en mi pobreza
haré cuanto tú me digas,
sólo por ver si mitígas
esa incesante tristeza
Desecha, pues, tus enojos
y vea por fin, Luisa,
en tus labios la sonrisa
y la ventura en tus ojos.
Ya estoy aquí. Desde hoy más
ya no nos separaremos:
esta noche partiremos
á Portugal. Te vendrás
conmigo, siempre á mi lado;
no puedo vivir sin tí.

Luisa. ¡Partir esta noche!...

Pedro. Sí.
¿No es sin duda de tu agrado
abandonar esta casa?

Luisa. Sólo obedecer me toca:
ni una queja de mi boca
saldrá.

(Luisa se sienta en la silla que hay junto á la ventana y se queda pensativa. D. Pedro la contempla un momento y se enjuga una lágrima.)

Pedro. (El pecho me traspasa

su frialdad.)

LUISA. (¡Suerte inhumana!
¡Partir cuando al fin ve ya...
Mi esperanza es flor de un dia...
nace hoy... muere mañana.)

(D. Pedro se acerca á donde está su hija, y despues de reprimir su agitacion, le dice con calma.)

PEDRO. Luisa, muy presente ten
que este viaje asegura
mi existencía y tu ventura.
Disponlo todo.

LUISA. Está bien.

PEDRO. (Dios lo ha querido... así sea;
y pues así lo dispone,
que como yo la perdone...
¡Oh! que llorar no me vea!)

(D. Pedro se dirige á la primera puerta de la izquierda, y al tiempo de abrirla aparece Juana.)

ESCENA XIV.

LUISA, D. PEDRO, JUANA.

JUANA. ¡Calle! ¡no hay duda! ¡si es el
señor Juan! ¡Cuánto me alegro!
Usted por aquí...

PEDRO. (Quién sabe...
esta mujer... sí, probemos.)
Pues sí, aquí me tiene usted,
pero por muy poco tiempo,
porque mañana partimos
Luisa y yo...

JUANA. ¡Cómo!

PEDRO. Siento
verme precisado, Juana,
á decirle que debemos
separarnos...

JUANA. ¡Sí! ¿y adónde
es el viaje? Si es que puedo...

PEDRO. Á Portugal.

JUANA. (Y los otros
que confian...)

(Juana coge á D. Pedro, le aparta al otro extremo de Luisa y le dice bajando la voz.)

Yo me temo
que ella... porque al fin, señor,
yo con franqueza hablar debo.
La niña es un poco... vamos...
rebelde: le inspira un miedo
la miseria... y como usted,
por desgracia, no es un Creso,
y ella tiene ciertos humos
de reina...

PEDRO. Pues bien; yo espero
que usted, como yo, le diga
que tal vez la vida arriesgo
quedándome aquí.

JUANA. Lo haré.

PEDRO. En usted confío.

JUANA. Bueno.

PEDRO. Prepárela usted.

JUANA. Corriente.
Váyase usted satisfecho.

(D. Pedro mira un instante á Luisa, que permanece abismada en el mismo sitio: luégo entra en la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XV.

LUISA, JUANA.

JUANA. (Este viaje repentino
desbarata mis proyectos:
sí, sí; lo más conveniente
es preparar el terreno.
Señorita... (Acercándose á Luisa)

LUISA. Y bien, ¿qué quieres?

JUANA. Deje usté el libro: tenemos
que hablar de cosas muy serias,
muy importantes... no debo
ocultárselo... ¡quién sabe
el porvenir tan horrendo
que á usted le espera!

LUISA. ¡Dios mio!

JUANA. La miseria... el hambre...
LUISA. Pero
eso es muy horrible, Juana.
JUANA. Hace tres años y medio
que la sirvo á usted, y ya
con toda el alma la quiero.
LUISA. ¡Oh!... ya lo sé, amiga mia;
gracias.
JUANA. Mi único deseo
es verla á usted venturosa,
y si usted corriera el riesgo,
más verdes se han madurado.
LUISA. Juana, yo no te comprendo.
JUANA. Quiero decir que don Luis
está cerca... hace un momento
le he visto por la ventana
que da á la cocina.
(Juana se levanta sobresaltada.)
LUISA. Temo
que mi padre...
JUANA. ¿Por ventura
es usted monja? ¿En sus tiempos
no habrá tenido tambien
el señor Juan quebraderos
de cabeza como todo
prójimo? ¿No está ciego
don Luis por usted de amor?
¿no es un muchacho de mérito,
rico, jóven?... pues entónces...
LUISA. Pues por lo mismo no creo
en su amor. Tanta distancia...
JUANA. Tu, tu, tu. Sin ir más lejos,
yo serví á una señorita
que contrajo casamiento
siendo pobre, con un jóven
que era rico como un Creso!
LUISA. ¿De veras?
JUANA. ¡Vaya! y la puso
un tren, hasta allá. Soberbio!...
diamantes, coches...
LUISA. Dichosas
son esas mujeres viendo

su majestad y hermosura
reflejarse en el espejo.
Con esas galas y joyas
que yo sólo he visto en sueños...
(Luisa vuelve á sentarse junto á la ventana. Juana se sienta á su lado. Por la segunda puerta izquierda salen Luis, Diego é Inés.)

ESCENA XVI.

DICHAS, LUISA, DIEGO, INÉS.

INES. ¿Conque se marchan ustedes?
DIEGO. Si, que la noche está cerca.
Salude usted á su padre.
INES. Tal vez estará en la huerta.
Voy á ver. (Sale por el foro.)
DIEGO. Vaya, Luis,
ahí la tienes.
(Luisa al ver que se acerca Luis pretende levantarse. Juana la detiene.)
JUANA. ¡Chist, quieta!
LUIS. Señorita... aunque hace tiempo
que este momento desea
mi corazon...
LUISA. Caballero...
mi padre...
LUIS. Lo sé: no tema
usted, Luisa, Jamás
cometeré una imprudencia;
sólo una palabra y parto.
Cuando en la vecina iglesia
suene el toque de las ánimas,
vendré á esperar mi sentencia
junto á esa ventana: entónces,
si usted me ama, si usted anhela
llevar mi nombre, mañana
sé lo que el deber me ordena.
Si usted no sale, si usted
mi mano y mi amor desecha,
será entre los dos, Luisa,
hoy la entrevista postrera.

DIEGO. Vamos, Luisito. (Desde el foro.)
LUISA. (¡Dios mio,
(Se levanta al oir la voz de Diego.)
no estamos solos!)
LUIS. ¿Se aleja
usted sin decirme?...
LUISA. (Bajando la voz.) Luis,
saldré.
LUIS. ¡Gracias!
(Luisa entra precipitadamente en una de las puertas de la izquierda.)
DIEGO. (Soltando una carcajada.) ¡Fin de fiesta!

ESCENA XVII.

DICHOS, ménos LUISA.

JUANA. Todo se ha perdido. (Á Luis.)
LUIS. ¡Cómo!
JUANA. Esta noche se la lleva
su padre.
LUIS. ¡Ah! pues entónces
yo iré... (Se dirige hácia la puerta izquierda.)
DIEGO. ¿Y adónde, babieca? (Deteniéndole.)
LUIS. Á hablarle.
DIEGO. ¿Te has olvidado
que yo he nacido en Marchena,
y que aquellos andaluces
el que ménos corre vuela?
Déjame hacer. Ahora mismo
se me ha ocurrido una idea
salvadora.
LUIS. No comprendo...
DIEGO. No importa que no comprendas.
Oiga usted, señora Juana:
el padre de esa chicuela,
¿cómo se llama?
JUANA. Se llama
Juan García.
DIEGO. (Piensa un momento.) (Es cosa hecha.)
¿Vámonos? (Á Luis.)
LUIS. Pero yo quiero

saber...

DIEGO. La naturaleza
te hizo á tí rico, á mí pobre;
de mi astucia te aprovechas,
y yo me sirvo de tu oro,
conque vivimos á medias.

LUIS. Tus palabras me hacen daño.

DIEGO. Sí, pero tú las aceptas.

LUIS. Nunca, si manchan mi honor.

DIEGO. ¡El honor!... palabra hueca:
frase que tienen los hombres
eternamente en la lengua,
y que hasta el mismo Diógenes,
con su calma y su linterna,
no lograría encontrarle
si al mundo otra vez volviera.

LUIS. Pero...

DIEGO. Basta, el tiempo urge,
conque, hasta luégo, doncella.

(Cogen las escopetas y se dirigen hácía el foro, á tiempo que entran Antonio é Inés.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ANTONIO, INÉS.

ANT. Llego á tiempo.

DIEGO. Así parece.

ANT. ¿Conque ustedes ya nos dejan?

LUIS. Sí, señor.

ANT. Que Dios les guie.

DIEGO Mil gracias.

ANT. Cuando se ofrezca...
ya saben que es esta casa
suya.

(Diego y Luis dan á Antonio la mano, el cual les acompaña hasta la puerta seguido de Inés y Juana: luégo entran á la escena.)

ESCENA XIX.

DICHOS, ménos LUIS y DIEGO.

ANT. Inés, cierra la puerta;
(Inés la cierra, y Antonio se dirige á Juana.)
y usted prepare las luces,
y á ver si solo me dejan.
JUANA. El tal don Diego es un mozo
de muchísima cabeza.
(Vánse Inés y Juana por la puerta que figura dar á la escena.)

ESCENA XX.

ANTONIO, solo.

Pues señor, ni me acordaba
de esos hombres. Tal se encuentra
mi imaginacion, al ver
las desgracias que nos cercan.
Pero si Dios nos ayuda
y ganamos la frontera,
ménos malo. Ahora de todo
al marqués daremos cuenta.
(Llamando en la primera puerta de la derecha.)
Soy yo, señor Juan... ¡Antonio!
Ya sale.

ESCENA XXI.

D. PEDRO, ANTONIO.

PEDRO. ¿Y bien?
ANT. Todo queda
arreglado.
PEDRO. ¿Y mi caballo?...
ANT. Atado á un árbol espera.
PEDRO. Gracias, Antonio.
(Juana sale con un velon encendido, que coloca encima de la mesa.)

JUANA. Muy santas
y muy buenas noches tengan.
PEDRO. Antonio, llévate á Juana,
y llama á mi hija; quisiera
despedirme de ella.
ANT. Bueno.
Venga usted. (Á Juana.)
JUANA. ¿Adónde?
ANT. Venga
y cállese.
JUANA. Voy. (Dichosa
la que de vista te pierda.) (Vánse los dos.)

ESCENA XXII.

D. PEDRO, solo: saca una carta que recorre con la vista, guardándosela luego.

En vano la mente mia
por descifrar se afanaba
la causa que motivaba
su eterna melancolía,
cuando para ser mayor
el infortunio cruel,
hoy me dice este papel
que su tristeza era amor.
Amor que creció fatal
su desventura aumentando,
y fué en su pecho apagando
todo el cariño filial.

ESCENA XXIII.

D. PEDRO, LUISA.

LUISA. Padre, hablarme usted quería,
y me apresuro... á salir.
PEDRO. Sí, porque debo partir
ántes que amanezca el dia.
Tú con Antonio vendrás
á reunirte conmigo,
que él es mi mejor amigo

y segura con él vas.

LUISA. (¡Partir... cuando ya risueños
mis ojos en lontananza
contemplaban la esperanza
que embelleció mis ensueños!

(Luisa queda inmóvil y con la vista fija en el suelo.)

PEDRO. (Ni una frase cariñosa,
ni una mirada siquiera,
cuando yo mi vida entera
diera por verla dichosa.
De su tristeza á través
claro su amor se divisa.
Sí, terminemos.)

(Saca la carta y se acerca á Luisa, y la pregunta mostrándosela.)

Luisa,
¿esta carta de quién es? (Pausa)
—¡Callas! ¡Tu mirada fria
teme encontrar mi mirada!
Luisa, ¡no respondes nada!

LUISA. (Con resolucion, despues de vacilar un momento.)
Señor, esa carta es mía.

PEDRO. ¡Tuya!—Padre soy, reclamo
que me respondas sumisa
la verdad? ¿Le amas, Luisa?

LUISA. (Despues de un momento, con resolucion.)
Sí, padre mío, le amo.

PEDRO. Mientras que á Dios no le cuadre
mitigar nuestro dolor,
procura olvidar su amor,
te lo suplica tu padre.
Mañana, de esa pasion
ni un sólo recuerdo quede.

LUISA. Padre, olvidar no se puede
lo que está en el corazon.

PEDRO. Luisa... ese amor me da miedo,
bórrale de tu memoria.

LUISA. Padre, ese amor es mi gloria
y yo olvidarle no puedo.

PEDRO. (¡Qué escucho! ¡Tanta vileza!)

LUISA. Si él viene á ofrecerme ufano
su corazon y su mano

á pesar de mi pobreza;
si él á ser mi esposo aspira;
si me hace feliz su amor,
¿por qué no amarle, señor?

PEDRO. Porque su amor es mentira;
porque te roba la calma;
porque soy tu padre, y veo
que es el amor del deseo
y no el puro amor del alma.
Porque es un amor que insulta
mi amarga pena prolija;
porque el que quiere á una hija
nunca del padre se oculta.
Porque de ese amor se infiere
su villano proceder;
porque él no te ha de querer
como tu padre te quiere.
Disponte, pues, á partir
en cuanto nazca la aurora.

(Se oye á lo lejos el toque de ánimas. D. Pedro se quita el sombrero. Lnisa lanza una exclamacion en voz baja y va acercándose á la ventana insensiblemente.)

LUISA. (¡Las ánimas! ¡Ah! esta hora
decide mi porvenir.)

PEDRO. (¡Dios mio! Si en mi afliccion
te apiadas tú de mi mal,
revive el amor filial
que murió en su corazon.) (Pausa.)

(D. Pedro dirige una mirada á Luisa: ésta, que se halla cerca de la ventana, se detiene.)

LUISA. (Hoy el destino cruel
á matar mi dicha va.)

UNA VOZ. (Desde fuera.) Las ánimas.—Luisa.

LUISA. (Corriendo á la ventana.) ¡Ah!

(Se coloca de espaldas como para impedir que su padre se asome, pero D. Pedro la aparta y se asoma.)

PEDRO. ¡Un hombre!... Responde, ¿es él?

LUISA. ¡Padre!

PEDRO. (Cogiéndole fuertemente por un brazo.)
Responde... ¿no ves

mi ansiedad?... Responde.

LUISA. (Despues de un momento.) Sí.

PEDRO. ¡Oh!

LUISA. ¡Señor!

PEDRO. Espera aquí.

(Le obliga á entrar en el cuarto de la izquierda, cierra la puerta, lanza una exclamacion ahogada, y se dirige al fondo.)

Ahora yo sabré quién es.

(Cuando llega á la puerta del fondo suenan en ella dos aldabonazos. D. Pedro se queda inmóvil, á cuyo tiempo salen por la última puerta de la izquierda Antonio, luégo Inés y Juana.)

¡Llaman!... sí. Para que vea
m dolor más prolongado.

ANT. ¡Abro, señor! Han llamado.

PEDRO. Antonio, que entre quien sea.

(Antonio corre á abrir la puerta. D. Pedro se queda con los brazos cruzados y meditabundo junto al proscenio.)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, ANTONIO, INÉS, JUANA, un SARGEUTO, ocho soldados por el foro.

SARG. Muy buenas noches, patrona.
¡Salud, vieja!

JUANA. Al fin soldado.

INES. ¡Hola! ¿viene usted alojado?

SARG. No. Vengo por la persona
que, segun el que suscribe
esta denuncia, alma mia,
se llama... á ver... Juan García,
(Mirando uu papel.)
y aquí en esta casa vive.

ANT. Yo soy, señor militar,
el que usted busca.

SARG. Corriente.

INES. Padre, ¡qué es esto!

ANT. (Bajo.) ¡Imprudente!
¡Silencio!

SARG. No hay más que hablar,
vamos.
INES. ¿Qué va usté á hacer (Al Sargonto.)
con él?
SARG. Me lo llevo preso.
El gobierno despues...
INES. Eso
no puede, no puede ser.
(Inés habla en voz baja con su padre.)
PEDRO. (Yo no debo consentir...
dejarla así desvalida;
entre el honor y la vida,
el honor debo elegir?
SARG. Conque... (Dirigiéndose á Antonio.)
PEDRO. Un momento.
(Colocándose entre los dos.)
ANT. (Deteniéndole y con voz baja.) (¡Señor!
PEDRO. Gracias.) (Bajo y alargándole la mano.)
ANT. (Á Inés.) ¿Qué has hecho, hija mia?
PEDRO. Yo soy ese Juan García
que usted busca.
SARG. ¡Sí! mejor.
PEDRO. Justo es que mi mal le aflija,
(Al Sargento poniendo una mano sobre el hombro de Antonio.)
que es mi amigo y es honrado.
Mi hija se queda á tu lado,
vela, Antonio, por mi hija.
De mi honra te dejo dueño,
haz lo que su padre haría;
vela de noche y de dia,
vela, Antonio, hasta su sueño;
fija en ella tu mirada,
vela por mi honor alerta,
que la quiero honrada y muerta
más que viva y deshonrada.
No te detenga el temor;
¡hiere! ¡mata si es aleve!
que un padre honrado no debe
tener hijas sin honor.
ANT. Seré su padre. Las dos
formarán mi único anhelo.

PEDRO. Tú derramas el consuelo
en mi corazon. Que Dios
te premie.

JUANA. (¡Calla! ¡ya estamos!...
por eso Diego decía...)

PEDRO. (¡Y dejarla así... hija mia!)

SARG. Conque, señor Juan...

(Poniendo la mano en el hombro á D. Pedro; Don Pedro al sentir la mano del Sargento sobre su hombro, se estremece, lanza una mirada al cuarto de su hija, tiende una mano á Antonio, el cual la besa con respeto y ternura, y luégo como queriendo terminar aquella situacion, dice lanzándose al foro.)

PEDRO. ¡Partamos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Luis. Dos puertas al foro: la de la derecha conduce á la calle, la de la izquierda á las habitaciones interiores. Otra puerta lateral en el primer término en la izquierda: un piano en el segundo término de la izquierda. Los demas muebles necesarios para el buen servicio de la escena, colocados convenientemente, segun crea oportuno el director. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO y un CRIADO, entrando por el foro derecha.

DIEGO. ¿Tardará mucho?
CRIADO. Yo creo
que no; son las nueve y media
y el té se sirve á las diez.
DIEGO. ¡Hola! ¿Conque hay té?
(Se sienta en un divan.)
CRIADO. Á la inglesa.
DIEGO. Se supone. ¿Y quién concurre?
CRIADO. Los mismos.
DIEGO. ¿Y tú pelechas
en esta casa?
CRIADO. Así, así...
DIEGO. ¿Conque hay gajes?...

CRIADO. No escasean.
DIEGO. Como por ejemplo... (Dándole una moneda.)
CRIADO. Gracias.
Viva usted mil a...
DIEGO. Sí, etcétera.
Hombre, tú eres un buen chico.
CRIADO. Favor que...
DIEGO. Justicia seca. (Se levanta.)
Dime, Ramon: ¿á qué altura
se halla la cuestion doméstica
en esta casa?
CRIADO. Yo creo
(Con misterio y bajando la voz.)
que andan las cosas revueltas.
DIEGO. ¡Diantre! (Acercándose hácia Ramon.)
CRIADO. El señorito Luis
ya no es el mismo que era
cuando usted nos visitaba.
Ahora es otro hombre.
DIEGO. Sí...
CRIADO. Y ella,
(Mirando con recelo en torno suyo.)
es decir, la señorita,
llora mucho.
DIEGO. Sí... á ver, cuenta...
CRIADO. De noche se acuesta tarde,
muy tarde, y cuando esa péndola
da las siete,
(Señalando el reloj de sobremesa que habrá encima de la chimeneaa.)
se levanta
y vestida á la ligera
sale de casa.
DIEGO. Esto es grave.
¿Sola?
CRIADO. No, con la doncella.
DIEGO. Lo mismo da. Y dime, tú
que eres listo, no sospechas
si es que tiene la señora
algun...
CRIADO. ¡Cortejo!
(Diego hace una seña afirmativa.)

No es de esas.
DIEGO. Pues entónces no comprendo
por qué están así.
CRIADO. Quisiera
no engañarme; pero creo
que la señora sospecha
de que tiene el señorito
quebraderos de cabeza,
porque hace unos cuantos dias
comenzó con indirectas
cenando, y el señorito
se levantó de la mesa
diciéndola: «Usted me aburre,
»usté agota mi paciencia
»y haré una barbaridad!...»
Mas yo temiendo la hiciera
conmigo, volví la espalda
y desfilé por la puerta.
DIEGO. ¡Conque ya se hablan de usted!
CRIADO. Sí, señor, no se tutean. (Muy grave.)
Mas con permiso, don Diego,
me voy, pues temo que venga...
DIEGO. Anda con Dios.
CRIADO. Le suplico
que no diga usted...
DIEGO. No temas.
CRIADO. ¡Ah! Ya sabe usted que soy
(Volviendo desde el foro.)
su criado, de manera
que puede mandar en todo
aquello que se le ofrezca.
DIEGO. Gracias. Si tú sabes algo...
CRIADO. Es claro.
DIEGO. Adios, buena pieza. (Váse el Criado.)

ESCENA II.

DIEGO, solo. Se deja caer en una butaca.

Pues señor, la cosa marcha
á su fin en línea recta.
Los altercados domésticos

los comparo á las cerezas,
que á veces por coger una
salen una porcion de ellas.
Si está la cuerda tirante,
dando un buen golpe á la cuerda
se rompe, y una vez rota
ya no es fácil componerla.
¡Ah! Luisa, yo te ayudé
á salir de la miseria,
y tú me arrojaste un dia
de esta casa, y esa ofensa
no la olvido, pues soy hombre
que me hago pagar las deudas.

ESCENA III.

DIEGO, LUIS y el CRIADO, foro derecha. Luis entra y tira el gaban de abrigo al Criado, el cual le recoge.

Luis. Cuando vengan los tertulios
avisa.

Criado. Don Diego espera.
(Señalando á Diego. Váse por el foro. Luis corre y tiende la mano á Diego.)

ESCENA IV.

LUIS y DIEGO.

Luis. ¡Diego!... Soy muy desgraciado.

Diego. Valor; te queda un amigo,
¡qué diantre!

Luis. ¿Cuento contigo?

Diego. ¿No me tienes á tu lado?...
¡Qué diablos! penas olvida
y tus pesares reporta;
la vida del hombre es corta,
disfrutemos de la vida.

Luis. ¿Leiste mi carta?...

Diego. Sí;
y por ella he comprendido
que te encuentras aburrido,
que necesitas de mí.

que aunque de esta casa un dia
tu mujer me despidió,
no fuera tu amigo yo
si al calcular que podia
desvanecer la ansiedad
que en este instante te altera,
mi afrenta no depusiera
en aras de la amistad.
Así, pues, habla sin miedo
levantando la cabeza,
y cual ántes, con franqueza,
dime en qué servirte puedo.

LUIS. Pues bien, Diego, necesito
oro, mucho oro.

DIEGO. Lo creo:
pero yo tambien me veo
en ese trance maldito.
Mas siempre me consoló
el pensar sólo un segundo,
que de diez partes del mundo,
nueve, se hallan como yo.
Conque recuerda el refran.
Mal de muchos...

LUIS. ¡Eh! me aburre
tu indiferencia; discurre,
piensa algo...

DIEGO. Tengo un plán.
(Despues de un momento.)
Tu tia es rica, y podía
salvarte en esta ocasion;
así, pues, soy de opinion
que abordemos á tu tia.

LUIS. Es inútil.

DIEGO. No lo es.
Te quiere mucho, es ya vieja...

LUIS. Pero desoye mi queja.
Escucha, y juzga despues.
—Cual sabes, de Luisa al lado
hace tres años que vivo.
Mas que por amor cautivo
por mi palabra empeñado.
Al verla jóven y hermosa

mi amor la entregué y mi oro,
y por cubrir su decoro
le dije al mundo, es mi esposa.
La elegante sociedad
envidió á la desposada;
sólo mi tia indignada
me retiró su amistad.
Mas entónces mi fortuna
me proclamó independiente,
y á su enojo, francamente.
no le dí importancia alguna.
Pero hoy que por mí he tocado
que el porvenir me abandona,
viendo cuál se desmorona
el resto de mi pasado,
corrí á su casa afligido,
le confesé la verdad,
y al contemplar mi ansiedad
¿sabes lo que ha respondido?
—Protegerte es mi deber,
que eres hijo de mi hermana;
te salvaré si mañana
te apartas de esa mujer.
Déjala y nada te aflija,
que yo te puedo salvar.—
¿Pero cómo abandonar
á la madre de mi hija?

DIEGO. Vamos, Luis, me causa risa
ese obstáculo inocente.
Luisa es un inconveniente? ..
pues se suprime á Luisa.

LUIS. Por ventura, ¿se suprimen
afectos puros de amor?

DIEGO. ¡Y por qué no!... Sí señor.

LUIS. ¡Diego. que eso fuera un crímen!

DIEGO. Vamos, eres un Quijote.
Todos los enamorados
ó sois locos rematados
ó tontos de capirote.

LUIS. Es que obrando de esa suerte
puedo arriesgar mi decoro.

DIEGO. Aquí no hay más Dios que el oro

ni mas verdad que la muerte

LUIS. ¡Que eso es una infamia, Diego!

DIEGO. ¿Quién lo duda? lo será.

LUIS. Mas ¿qué dirá el mundo?

DIEGO. ¡Bah!
el mundo está sordo y ciego.

LUIS. Mi conciencia...

DIEGO. ¡Bueno estás!
Tú aún la tienes... desdichado,
¡qué poco has adelantado!

LUIS. ¡Basta!

DIEGO. Bien, no hablemos más.
Por eso no te acalores;
dije lo que te hace falta:
mas si mañana te asalta
la turba de acreedores,
como no aflojes dinero
no te salvas de otro modo,
y, chico, con honra y todo
duermes en el Saladero.

LUIS. Mas, Diego, piensa un momento
que arrojar á una mujer
siempre es un vil proceder.

DIEGO. La que hizo un cesto, hará ciento.

LUIS. ¿Qué dices?

DIEGO. Luis, francamente,
no te conviene esa chica.

LUIS. ¡Esa sospecha!...

DIEGO. Se explica.

LUIS. ¿Mas cómo?

DIEGO. Muy fácilmente.

LUIS. ¡Dí!... (Con afan.)

DIEGO. Pero no te acalores. (Con mucha calma.)
Si no es flaca tu memoria,
por un momento la historia
recuerda de tus amores.
Viste á esa mujer tres veces,
y en tu juvenil ardor
la declaraste tu amor
y pagó tu amor con creces.
Yo, que siempre procuré
tu bien, viendo que estorbaba

su padre, y que ella te amaba,
de su padre te libré,
hombre á quien no conocía,
y denuncié por traidor,
y por hacerte un favor
cometí una villanía.
No salió mal el ardid,
y la huérfana afligida
lloró un poco, y en seguida
vino contigo á Madrid.
Tres años que vive aquí
y á su padre no ha nombrado:
¿pues si á su padre ha olvidado
no puede olvidarte á tí?...
Créeme, y ponte á la capa
aunque razon no te sobre,
pues mañana al verte pobre
con otro rico se escapa.
Esto es la verdad desnuda.

LUIS. No, su amor me pertenece:
amor que en su pecho crece,
amor que no cabe duda.

DIEGO. Á tí te importa tres pitos
su amor; otras indivíduas.
Prueba de ello tus asíduas
visitas á Leganitos.

LUIS. ¿Sabes?... (Con ironía.)

DIEGO. ¿Lo de la florista?
Lo sé, que aunque lo callaste,
mi curiosidad picaste
y te he seguido la pista.

LUIS. Pues bien, no es á la mujer
á quien busco allí indiscreto.
Voy en busca de un secreto
que necesito saber.
Y á decirte me precisa,
para que duda no quede,
que busco á un hombre que puede
decirme quién es Luisa.

DIEGO. Será así; mas, francamente,
allí vive una doncella
hermosa, y que vas por ella

es lo que dice la gente.
Porque, chico, el mundo es tal,
que cuando un hombre visita
á una mujer y es bonita,
al momento piensa mal.
Y como á nadie interesa
conservar la ajena fama,
al verlos juntos exclama:
—ese es el querido de esa.—
Mira, apuesto cualquier cosa
á que no falta un cristiano,
que al ver que sale temprano
todos los dias tu esposa...

LUIS. ¡Cómo!

DIEGO. Tu honra en un tris
pone, exclamando al instante:
¡hola, ya tiene un amante
la mujer de don Luis!

LUIS. ¿Ella sale? ¡Cómo! ¡Cuándo!...

DIEGO. Por la mañana... irá... á misa
con su doncella...

LUIS. ¡Ah! ¡Luisa! (Llama.)

DIEGO. Calma... (Deteniéndole.)

LUIS. ¡Me estará engañando!...

DIEGO. ¡Prudencia!

LUIS. (Deteniéndose.) No puede ser:
su amor es mio, es honrada.

DIEGO. Pues que no haya dicho nada,
pero... cela á tu mujer.
Nadie del burro me apea;
desengáñate, Luis;
lo mismo aquí que en París,
la que no es coja, cojea.

ESCENA V.

LUISA, aparece en la puerta de la izquierda y se acerca á LUIS, sin saludar á DIEGO.

LUIS. ¡Ella!... (Viéndola.)

DIEGO. (Conteniéndolo.) (¡Calma!)

LUISA. (¡Diego aquí!...)

Quiero hablarte. (Á Luis.)

DIEGO. (Á Luis.) (Vete.)

LUIS. (Con indiferencia, á Luisa.) Ahora
es imposible, señora;
me esperan...

LUISA. ¡Te esperan!...

LUIS. Sí...

LUISA. ¡Oh!... ¡me niegas un instante!

LUIS. Se pasa el tiempo y no quiero...

LUISA. Lo ha dicho usted, caballero: (Con dignidad.)
no quiere usted.

LUIS. (Con impaciencia.) Adelante.

LUISA. ¡Dios mio!... (Dejándose caer en el sofá.)

LUIS. ¡Vuelta á empezar!
Siempre así, ¡qué impertinente!
¡ni aun delante de la gente
se sabe usted reportar!
Diego, dile que me llama
el deber. Dale un consejo...

LUISA. ¿Me dejas, Luis?...

LUIS. Sí, te dejo.

DIEGO. (Vete.)

LUIS. No tardes... (Váse por el foro.)

LUISA. (¡No me ama!)
(Dejando caer la cabeza entre sus manos.)

ESCENA VI.

LUISA, abatida en el sofá. DIEGO junto á la puerta del foro contemplándola. Pausa.

DIEGO. (La tia es rica, y lograr
su separacion ansía...
protejamos á la tia
por lo que pueda tronar.
Guerra, pues, á esos amores
que á arrollar estoy resuelto,
y luégo... á rio revuelto
ganancia de pescadores;
que ó soy un chisgaravís
que no sé lo que me pesco,
ó desbanco el parentesco

entre Luisa y Luis.)
(Se acerca adonde se halla Luisa.)
¡Luisa!...
(Luisa levanta la cabeza; al ver á Diego se pone en pie, mirándole con altivez y desprecio.)

LUISA. Usted ha olvidado
tal vez...
DIEGO. ¿Que fuí despedido?....
No, señora; si he venido
es porque se me ha llamado.
LUISA. ¡Llamado!...
DIEGO. Sí...
LUISA. ¿Por mi esposo?...
DIEGO. Por... Luís... (Con marcada intencion.)
LUISA. (Con indignacion.) ¿Y usté á venir osa?...
DIEGO. No sea usted rencorosa, (Con calma.)
que yo no soy rencoroso,
pues borré del pensamiento
aquella escena, y quisiera
que usté otro tanto hiciera.
LUISA. ¡Nunca! (Dirigiéndose á su habitacion.)
DIEGO. ¿Se va usté?. . Un momento.
Luisa .. usté es desgraciada...
LUISA. ¡Caballero!...
DIEGO. Yo creía
que en esta casa vivía,
cual merece, respetada.
LUISA. ¡Qué dice!... (Con asombro.)
DIEGO. Harto callé,
y aunque falte á la amistad
no oculto más la verdad.
Ese hombre la engaña á usté.
LUISA. ¡Dios mio!...
DIEGO. Hoy que me eximen
de mis deberes de amigo
mil razones, hoy la digo
que el silencio fuera un crímen.
LUISA. ¿Será esto verdad?
DIEGO. Yo siento...
LUISA. ¿Conque él ama á otra mujer?
DIEGO. Sí... (Dudando un momento.)
LUISA. (Con afan.) Necesito saber

quién es... ¡su nombre!... ¡al momento!

DIEGO. Temo que usté acalorada...

LUISA. ¡Por lo más santo, don Diego!...
por mi hija... por mí, le ruego
que no me oculte usted nada.

DIEGO. Mas...

LUISA. ¿Vive?...

(Diego saca un libro de memorias, escribe rápidamente en una de sus hojas, la arranca y se la presenta á Luisa.)

DIEGO. Sus señas.

LUISA. (Coge el papel, lanza un grito y lo lee con afan.)
¡Ah!

DIEGO. (¡Bravo! el negocio camina;
ésta ya lleva una espina,
ahora Dios decidirá...)
(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

LUISA, sola. Luégo de leer el papel corre al cordon de la campanilla y tira de él con fuerza. El CRIADO aparece en la puerta del foro.

LUISA. Que salga Juana.
(El Criado cruza la escena y entra en la primera puerta lateral de la izquierda.)
Yo quiero
conocer á mi rival.
Luis es mi esposo, es el padre
de mi hija; si el altar
no bendijo nuestros lazos,
Dios, que viéndonos está,
admitió su juramento.

ESCENA VIII.

LUISA, JUANA. El Criado sale y vuelve á desaparecer por el foro de la derecha.

JUANA. Señora... (Saliendo.)

LUISA. (Cogiéndola por un brazo.)
Dí, ¿no es verdad

que Luis es un miserable?

JUANA. Señora... (Con asombro.)

LUISA. (Con impaciencia.) ¡Responde!...

JUANA. Mas...
á esa pregunta, señora,
yo no sé qué contestar.

LUISA. ¡Pobre mujer!... ¡Mira... mira!...
(Enseñándole la hoja que le dió D. Diego.)

JUANA. ¿Qué es esto?...

LUISA. (Con sentimiento.) ¡No me ama ya!
Ese es el nombre, la casa
de una mujer infernal
que me roba su cariño,
que asesinándome está.

JUANA. Tranquilícese usted, puede
que eso no sea verdad.
Mire usted, todos los hombres
se gozan en levantar
falsos testimonios. Vamos,
no se abata usted, y si hay
motivo, si él es culpable,
le abandonamos y en paz.

LUISA ¡Abandonarle... ¿y mi hija?
responde, di, ¿qué será
de ella?... ¡Sola, sin un padre
que vele en su tierna edad!...
Corre, busca á esa mujer,
quiero hablarla .. ¡Aún no te vas!

JUANA. Considere usté un momento
que á estas horas...

LUISA. ¡Qué más da!
¿No vive de su trabajo?
pues que quiero, le dirás,
una corona de flores,
un ramo, un... me es igual.
Toma mi coche, no pierdas
un momento... Vete ya:
si por una flor te pide
cien duros, le ofreces más.
Vete, y no vuelvas á casa
sin ella.

JUANA. ¿Conque no hay

otro remedio?

LUISA. Lo exijo,
lo mando.

JUANA. Bien, voy allá.
(Se dirige al foro y vuelve.)
¿No piensa usted que un escándalo
la puede perjudicar?

LUISA ¡Aún estás ahí!... ¡Dios mio!
Ó no comprendes mi afan,
ó es tu corazon de roca,
ó no has amado jamás!..
Vuela, su amor es mi vida;
¡corre!... Dios decidirá.
(Luisa desaparece precipitadamente por la puerta lateral de la izquierda. Juana sale por el foro derecha á tiempo que entra D. Pedro y el Criado.)

JUANA. ¡Ay!... (Da un grito viendo á D. Pedro.)

PEDRO. (Acercándose hácia Juana con indiferencia.)
¿Qué es eso?

JUANA. Nada... nada.
(¡Qué parecido!) (Váse.)

PEDRO. (Aquí están.) (Entrando.)

CRIADO. Si usted me hiciera el favor
de decirme...

PEDRO. El general
Pedro Ruiz de Valdegama.

CRIADO. Mil gracias: voy á avisar. (Váse.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, en mitad del teatro, en actitud pensativa.
D. CÁRLOS, entrando por el foro.

PEDRO. (No vaciles, corazon.)

CARLOS. Servidor de usted. (Saludando.)
(Reconociéndole.) ¡Don Pedro!

PEDRO. ¡Señor don Cárlos!... (Se dan las manos.)

CARLOS. ¡Usted
en Madrid!...

PEDRO. Sí...

CARLOS. Ya era tiempo.

PEDRO. Pues aquí estoy á sus órdenes.
CARLOS. ¿Y hace mucho?
PEDRO. Mes y medio.
CARLOS. ¿Á usted le cogió el indulto?
PEDRO. Sí.
CARLOS. Dios proteja al gobierno.
PEDRO. ¡Siempre alegre!
CARLOS. Usted no sabe
el placer que experimento
al ver á usted regresar
por fin á su patrio suelo.
PEDRO. Gracias.
CARLOS. ¿Y qué tal se pasa
la vida en el extranjero?
PEDRO. Teniendo lo necesario
y un poco de lo supérfluo,
en todas partes se pasa
medianamente el destierro,
y el pan de la emigracion
ni es tan duro ni tan negro.
CARLOS. Sí, pero el sol de la patria...
PEDRO. Suele ser un sol muy bello.
CARLOS. ¿Y piensa usté establecerse
en la córte?
PEDRO. No: tan luégo
como arregle mis asuntos
pienso trasladarme á un pueblo.
CARLOS. Eso es enterrarse en vida,
marqués. Y ahora que recuerdo,
¿usted tenia en Vitoria
una hija?...
PEDRO. Mi hija... ha muerto.
CARLOS. ¿En Francia tal vez?
PEDRO. Sí... en... Francia...
CARLOS. Excuso decir que siento...
PEDRO. Amigo Cárlos, suplico
á usted que no hablemos de eso.
CARLOS. Como usted guste. Supongo
que usted ya conoce al dueño
de esta casa?
PEDRO. Sí, le he visto
dos veces...

CARLOS. Guapo sujeto.
PEDRO. Y le ofrecí que vendría
á ser su tertulio, y vengo.
CARLOS. Ya verá usted, general,
qué bien se pasa aquí el tiempo.
PEDRO. Me han dicho que es su mujer
muy hermosa.
CARLOS. Es un portento.
PEDRO. Será de buena familia.
CARLOS. Eso, amigo, es un secreto.
Por lo hermosa y lo señora,
debe ser de alto abolengo;
pero nadie la conoce
parientes... Tal vez por eso
se ha murmurado en Madrid
que aquí no hay tal casamiento.
PEDRO. ¡Cómo! (Con afan.)
CARLOS. Pero esos son chismes
de envidiosos y...
PEDRO. ¡Silencio!
(Precipitadamente. Aparecen en la puerta del foro Luis, Diego y el Criado.)

ESCENA X.

DICHOS, LUIS, DIEGO, CRIADO.

LUIS. ¡Señor marqués! ¡Hola, Cárlos!
(Dando la mano al marqués.)
Tomen ustedes asiento.
—¡Ramon! El té, y luego avisa
á la señora. (El Criado sale por el foro derecha.)
—Presento
á usté á mi antiguo amigo
el señor don Diego Arévalo.
DIEGO. Servidor de usted. (El marqués saluda.)
CARLOS. ¡Ah! ¡Luis,
sabes que mucho me temo
que falten los tertulianos
esta noche!
LUIS. Es que hay estreno

en el Real.

CARLOS. Sí... Pues dálos
de baja.

PEDRO. Señores, ruego
á ustedes que no interrumpan
sus costumbres.

LUIS. Nada de eso,
general.

DIEGO. En la antesala
dejamos los cumplimientos.

CARLOS. Nuestra mision es pasar
lo mejor posible el tiempo.

LUIS. Se toma té, murmuramos
de nuestro prójimo... y luégo
jugamos al ecarté,
al tresillo...

(El Criado sale, deja el servicio en un velador y desaparece por el cuarto de Luisa.)

CARLOS. ¡Ah! y tenemos
alguna noche que otra,
canto...

DIEGO. Sí, á piano seco.

(D. Pedro y Cárlos se sientan en el sofá de la derecha, Diego y Luis en el de la izquierda.)

PEDRO. Me han dicho que canta mucho
Luisa.

CARLOS. Mucho! Ya lo creo,
sin ponderacion, su voz
es voz de *primo cartelo*.

DIEGO. (Á Luis.) (Mucho adula á tu mujer
Cárlos.)

CARLOS. Ahora que recuerdo,
usted, general, me dijo
que se iba á vivir á un pueblo:
¿dejará usted los amigos
políticos?

PEDRO. No los tengo;
y despues, que la politica
hoy no es más que un vicio feo
que está en moda.

DIEGO. Sin embargo,
suele dar honra y provecho.

PEDRO. Á algunos tal vez; á mí
sólo me dió tres destierros,
cinco heridas y un millon
de enemigos.

(El Criado sale y sostiene el portié de la puerta, por donde aparece Luisa. Luis se dirige hácia ella y la coge la mano.)

LUIS. (Levantándose.) ¡Ah! ¡un momento!
PEDRO. (¡Es ella!... ¡Por fin!...) (Viendo á Luisa.)
LUIS. Luisa,
el señor marqués del Cerro,
mi amigo. Señor marqués,
mi esposa.
LUISA. (¡Mi padre! ¡Cielos!...)

(Luisa se queda petrificada mirando con asombro al general. Éste hace un esfuerzo por serenarse, y le dice con la sonrisa en los labios.)

PEDRO. Señora, mucho anhelaba
este instante.
LUISA. (Confundida.) ¡Caballero!...

(D. Pedro le da la mano y la conduce al sofá mirándola con fijeza. Luisa le sigue vacilante y con la vista fija en el suelo. Luis contempla la escena. Diego le dice aparte con maliciosa sonrisa.)

ESCENA XI.

DICHOS, LUISA [1].

DIEGO. (Parece que el general
hizo á tu mujer efecto.)
CARLOS. Señores, el té se enfria.
LUIS Cuando gustes. (Á Luisa.)
DIEGO. (Observemos.)

(Luisa sirve el té y presenta la primera taza al

---

1 El autor suplica encarecidamente á los señores directores que cuiden con escrupulosidad esta escena y la anterior, pues son, á su modo de ver, las dos más delicadas y de más difícil ejecucion de toda la obra.

general, como la persona de más categoría y ménos confianza de la reunion; los demas toman cada uno una y lo saborean en pie: sólo la señora debe tomarlo sentada, los caballeros se ocupan más de la conversacion que de la taza que tienen en la mano, hablando con naturalidad y finura. Luisa dirige una mirada al marqués, el cual le dirige otra que la obliga á bajar los ojos al suelo. Diego observa y de vez en cuando indica á Luis que le imite; Cárlos sigue ocupado en su taza de té.)

LUISA. Señor general... (Presentándole la taza.)

PEDRO. (Tomando la taza.) Señora...

CARLOS. Delicioso té. (Saboreando el líquido.)

DIEGO. ¡Soberbio!

LUIS. (¡Se turba! (Á Diego y mirando á Luisa.)

DIEGO. (Á Luis.) Cuando te digo
que novedades tenemos...)

PEDRO. Señora... aunque esta es la vez
primera que el honor tengo
de visitar esta casa...
sé que usted con su talento
ameniza esta pequeña
reunion, y aunque indiscreto
me apellide usted, señora,
á suplicarle me atrevo
se digne usted tocar algo
al piano.

LUISA. Marqués... me siento
algo indispuesta.

CARLOS. Aunque sean
dos notas ¡qué diablos! eso
no ha de empeorarla á usted.

PEDRO. ¡Ah!... Señora, no es mi intento
violentar á usted.

LUIS. Luisa,
el marqués con su deseo
te honra y no debes...

LUISA. Señores,
voy pues...

PEDRO. Me hace usté el obsequio...

(La ofrece la mano. D. Pedro acompaña á Luisa hasta el piano, quedándose apoyado en uno de los

extremos. Cárlos llena por segunda vez la taza de té. Luisa distraidamente arregla los papeles de música. Cárlos, con la taza en la mano, se acerca á donde está ella.)

CARLOS. ¿Qué va usté á tocar, señora?
PEDRO. La Traviatta.
(Sin moverse del sitio y con marcada atencion.)
LUISA. (Yo muero.)
(Bajando la cabeza. Busca en los papeles de música, demostrando la agitacion de que se halla poseida. D. Pedro la contempla un momento y luégo dice pausadamente.)
PEDRO. He oido celebrar tanto
esa ópera, que deseo
vivamente conocer
algo de ella.
CARLOS. El mundo entero
la canta ya con asombro.
¡Qué música!... ¡Qué libreto!
Vamos, la literatura
de allende los Pirineos
es una cosa que pasma.
PEDRO. ¡Que si pasma! ¡yo lo creo!
Mujeres que mueren éticas,
tipos extremos excéntricos.
Y para dar un adarme
de moral al fin del cuento,
escriben una comedia
plagada de vicios bellos.
CARLOS. Pues mire usted, hoy en dia
se traduce mucho.
DIEGO. En verso,
que eso si no da mucha honra,
suele dar... mucho... dinero.
(Luisa se habrá quedado pensativa durante el anterior diálogo. Diego le hace una seña á Luis indicándole que mire á su mujer; éste se acerca al piano y la dice á media voz.)
LUIS. Luisa, sin duda te olvidas
que estos señores...
(Luisa da un golpe en el teclado como señal de que va á principiar.)

CARLOS. (Á D. Pedro y Diego.) Silencio,
señores, que ya comienza.

LUISA. (¡Dios mio!... ¡sólo en tí espero!)

(Luisa toca el andante del duo de tiple y tenor del tercer acto de ia *Traviata*, pero muy piano: de vez en cuando se debe notar la torpeza de su mano, que tiembla. Las demas figuras deben colocarse del modo más conveniente para el buen órden del diálogo.)

PEDRO. (¡Tan hermosa... y tan culpable!)

CARLOS. ¡Es mucho Verdi!... ¡Soberbio!

(Acompañando con la cabeza los acordes del piano.)

DIEGO. (Luis, tu mujer esta noche
tiene muy torpes los dedos.)

LUISA. (¿Por qué dudo...)

(El general se habrá acercado al piano. Luisa aprovecha esta ocasion y le dice en voz baja.)

(General,
es preciso que un momento
hablemos los dos.)

PEDRO. ¿Adónde?

LUISA. ¡Aquí!

PEDRO. Vendré.)

DIEGO. (Luis, tenemos
una cita.

LUIS. ¡Oh!

(Haciendo un movimiento de cólera.)

DIEGO. (Deteniéndole.) ¡Imprudente!
observa y calla. Aún no es tiempo.)

(Luisa acaba de tocar y se levanta del piano. El general la vuelve á ofrecer la mano y la deja en el sofá.)

CARLOS. ¡Bravo!... ¡Con qué sentimiento
tocó usted?—Señor marqués,
¿aún persiste usté en su empeño
de retirarse del mundo?

PEDRO. ¡Si persisto!... ¡Ya lo creo!
Apuesto á que esta señora
aprueba mi pensamiento.

CARLOS. Yo apuesto á que no.

PEDRO Veamos.
Decida usted

LUISA. ¿Y qué es ello?
(Siempre distraida.)

PEDRO. Supóngase usted, señora,
(D. Pedro debe decir este parlamento con marcada intencion, procurando que cada una de sus palabras hiera las más delicadas fibras del corazon de su hija.)
que mi padre, á quien respeto
y amo como se merece
un padre... vive en un pueblo.
El aire puro del campo,
la paz del hogar doméstico,
son una segunda vida
para él. Yo que comprendo
que no hay ventura en el padre
que vive de su hijo lejos.
Yo que sé hasta donde llega
ese amor dulce, supremo,
esa emanacion del alma,
ese manantial de afectos,
ese amor santo, que nunca
extingue su dulce fuego
y que al morir la materia
con el alma sube al cielo;
(Cambiando de tono.)
usted, que es madre, señora,
y comprende los desvelos
maternales, usted sabe
el goce profundo, inmenso...
que recibe el corazon
de un padre al dejar un beso,
sobre la frente del hijo
de quien velando está el sueño.
Y pues usted lo comprende,
diga usté á Cárlos si debo
trocar los goces del mundo,
por la dulce paz de un pueblo.

LUISA. Debe usted partir... Un padre,
(Con voz algo conmovida y vacilante, y sin atreverse á mirarle.)
general, es lo primero.

PEDRO. Conque, querido don Cárlos,

ya lo oye usted.
(Haciendo un esfuerzo para darle á su entonacion un tanto de indiferencia.)

CARLOS. Perdí el pleito.

DIEGO. (Mientras estemos aquí
no logramos nuestro objeto.)

LUIS. (Es verdad.) (Saca el reloj.) ¡Calle! ¡Las once!
Ramon, la mesa de juego.
(Sale el Criado y se retira.)
Si ustedes gustan, señores,
á esa sala pasaremos
adonde espera el tresillo.
¡Vamos, Luisa!

LUISA. Yo me quedo...
estoy algo trastornada.

LUIS. Como quieras. Hasta luégo.
¿Vamos?

DIEGO. Sí, vamos.

PEDRO. (Dándole la mano.) Señora...

LUISA. (No olvide usted que le espero.)

DIEGO. (Segunda estacion. (Á Luis.)

LUIS. (Á Diego.) La cólera
me ciega.)
(Saludan todos á Luisa y desaparecen por la izquierda del foro. Luisa cae desplomada en un sofá.)

ESCENA XII.

LUISA, sola.

¡Por fin ya puedo
respirar!... ¡Me dejan sola!...
¡No!... Con mi remordimiento. (Pausa.)
Fuí muy criminal, y ahora
torpe la conciencia grita.
¡Maldita ambicion!... ¡Maldita!
¡Pobre ciega... sufre... llora!...
Sigue... avanza en tu camino
por el oprobio manchada,
que la mujer deshonrada
padecer es su destino.
Sí, Dios es justo que exija

la expiacion... ¡Eres madre!...
tú abandonaste á tu padre...
¡Ay si te abandona tu hija!
(Luisa se cubre la cabeza con las manos. Juana aparece en el foro.)

ESCENA XIII.

LUISA, JUANA.

JUANA. Señorita...
LUISA. ¿Quién es?...
JUANA. ¡Yo!
LUISA. ¡Ah! ¿La traes?... (Levantándose con rapidez.)
JUANA. Pues es claro.
Al principio algun reparo
puso, mas se decidió,
que de su trabajo al fin
vive la pobre, y no es cosa ..
LUISA. Que entre... Espera... Dí, ¿es hermosa?
JUANA. Lo mismo que un serafin.
LUISA. ¡Conque tan bella!...
JUANA. Un portento:
nunca vi jóven mas casta,
ni ojos más bellos, ni...
LUISA. ¡Basta!
JUANA. Está bien.
LUISA. Que entre al momento.
JUANA. ¡Ah! pues no me olvido mucho... (Volviendo.)
¿no sabe usted quién es ella?
LUISA. ¿Quién?
JUANA. Pues... es la chica aquella
de Carabanchel.
LUISA. ¡Qué escucho!...
¿Y su padre?
JUANA. El padre está
enfermo.
LUISA. ¿Y te conoció?
JUANA. Creo que sí; pero yo
me hice de nuevas.
LUISA. Será
que Dios me envía á los dos

para expiar mi delito?.
(¡Conciencia, ahoga tu grito!)
Que entre.

JUANA. Voy. (Váse.)

LUISA. Decida Dios.
Vamos, recobra la calma,
pobre mujer desvalida,
que arriesgas en la partida
los pedazos de tu alma.

ESCENA XIV.

JUANA en el foro, INÉS y LUISA.

JUANA. Vamos, no esté usted remisa.

INES. Señorita... (Entrando.)

LUISA. Acércate.

INES. Me han dicho que quiere usted...
(Acercándose á Luisa.)
¡Ah! ¡señorita Luisa!
(Corre hácia ella. Luisa la detiene con un gesto.)
Es usted... (Se detiene cortada.)

LUISA. ¿Adónde vas?

INES. ¿No se acuerda usted de mí?

LUISA. No. (Con indiferencia.)

INES. Dispense usted; creí...

LUISA. Yo no te he visto jamás. (Pausa.)
(Es un atroz sacrificio
insultar tanta ternura...
Bajo una frente tan pura
no puede caber el vicio.)
(Luisa queda un momento pensativa; luégo se pasa la mano por la frente, como para ahuyentar algun recuerdo doloroso, y hace una seña á Juana para que se vaya: ésta desaparece por la primera puerta lateral de la izquierda. Momento de pausa.)

ESCENA XV.

LUISA, INÉS.

LUISA. Me han dicho que tu destreza

tanto en las flores se luce,
que vence á las que produce
la misma naturaleza.

INES. Tener esa habilidad
con el trabajo consigo.
¡Oh!... Yo al trabajo bendigo,
que él me dió felicidad.

LUISA. Oye. (Dios su voz inspira.)
Sé franca conmigo ahora.

INES. La que teme á Dios, señora,
(Mucha naturalidad.)
no conoce la mentira.

LUISA. (¡Oh! su inocente candor
me martiriza.) Pues bien,
oye: ¿tú has amado?

INES. ¡Quién (Con ternura.)
puede vivir sin amor!...
¡afecto puro!...

LUISA. De modo...

INES. Que mi espíritu enaltece,
y que todo lo embellece
y que lo sublima todo.

LUISA. (¡Qué escucho! ¡horrible martírio!
de oirla en celos me inflamo...)
¿Conque tú has amado?...

INES. Y amo
con locura, con delirio...

LUISA. Escucha... dí... ¿quién logró
inspirarte ese amor?...

INES. ¡Quién!
¡mi orgullo, mi único bien,
mi padre!

LUISA. (¡Su padre! ¡Oh!...)
(Luisa lanza una exclamacion dolorosa y se cubre la frente con ambas manos; Inés se acerca y le dice con candor.)

INES. Si incomodo...

LUISA. No: y ahora
¿eres feliz?

INES. Sí, á fe mia.

LUISA. ¡Mucho!...

INES. No me trocaría

por una reina, señora.
Mi padre, viejo, achacoso,
vive contento á mi lado,
pues necesita el cuidado
filial, el dulce reposo
del hogar. Junto á su lecho
paso las horas velando
contemplándole y contando
los latidos de su pecho.
Cuando mi voz inocente
dulcifica sus enojos,
y al verle cerrar los ojos
le doy un beso en la frente;
ó cuando enjugo su llanto
y borro crueles excesos
con el calor de mis besos
y el arrullo de mi canto;
¡oh! la dicha de los dos
no compensan mil coronas.

LUISA. ¿Y nada más ambicionas?

INES. No. La envidia ofende á Dios.
Mi vida en servirle ciño,
que Dios me castigaría
si yo con idolatría
no pagase su cariño.
Yo soy su único sosten.

LUISA. ¡Dios mio! (Anonadada.)

INES. ¿Qué es eso? Siento
molestarla...

LUISA. No. Tu acento
me hace bien!... sí... ¡mucho bien!..
(Cambiando de tono y cogiéndola una mano.)
Dí; ¿si un hombre sublimase
con su pasion tu existencia,
y una vida de opulencia
á tus ojos desplegase...
—responde—abandonarías
á tu padre?
(Luis fija su vista en la de Inés, esperando con afan su respuesta.)

INES. ¡Qué locura!
¡Yo labrar la desventura

del que es autor de mis días!...
¡Ay!... de aquella que al deber
y al honor de un padre atenta!
¡Ay si las canas afrenta
de aquel á quien debe el ser!
No hay ya para ella piedad,
pues la eterna esclavitud
agosta su juventud,
mata su felicidad,
y escucha la maldicion
de un padre que eternamente
deja una arruga en su frente
y un ¡ay! en su corazon.

LUISA. ¡Es verdad!

INES. Tranquilidad
de espíritu, santa calma,
es lo que ambiciona mi alma:
esa es la dicha.

LUISA. ¡Es verdad!
Juana! (No la quiero ver.) (Sale Juana.)

JUANA. Señora...

LUISA. (Lo que ha traido
se lo compras. Mas te pido
te lleves á esa mujer.)

JUANA. Niña, venga por aquí,
dejará adentro esas flores.

INES. Dios la premie los favores
que acaba de hacer por mí.
(Vánse Juana é Inés por la izquierda.)

ESCENA VI.

LUISA sola.

Su inocencia angelical
es la voz de Dios que quiere
castigarme... Señor, hiere
esta frente criminal.
Sólo al recordar me aterro
sus frases llenas de calma,
cayeron sobre mi alma

como una maza de hierro.
¡Cuánto me ha hecho padecer!
¡Dios mio! calma mi pena,
haciendo á mi hija tan buena
como á esa pobre mujer.

(Luisa oculta la cara entre las manos. D. Pedro aparece en el foro. Un momento de pausa. D. Pedro va acercándose hácia Luisa: cuando está cerca la contempla un momento.)

ESCENA XVII.

LUISA, D. PEDRO.

PEDRO. Señora...
LUISA. ¡Señor marqués,
(Levantándose como movida por un resorte.)
cuánto anhelé su venida!
PEDRO. ¡Pero está usted conmovida!
LUISA. (¡No hay duda, mí padre es!
Yo de este trance fatal
quiero salir...)
PEDRO. (Lleva escrito
en su frente su delito.)
LUISA. ¿Quién es usted, general,
que así sobre mi alma pesa
su voz, su mirar, su acento?
PEDRO. Yo soy... el remordimiento
que viene aquí por su presa.
Un hombre á quien deshonró
una mujer fementida,
un ser que vive sin vida...
LUISA. ¡Padre!...
(Corriendo hácia él con los brazos abiertos. El general cruza los suyos sobre el pecho, y dice con frialdad rechazándola.)
PEDRO. Mi hija murió. (Pausa.)
LUISA. ¿No lee usted en mi mirada
que el dolor me está matando?
¿No me ve usted esperando
mi castigo resignada?
¿y estas lágrimas que vierto

no le inspiran compasion?

PEDRO. Señora, mi corazon
hace tres años que ha muerto.
El nombre de una mujer
quedó en su lugar escrito,
pero es un nombre maldito....
no le quiera usted saber.
Es nombre que deja en pos
deshonra, perfidia, dolo,
y que al pronunciarle solo
nos mancillamos los dos.

LUISA. Si el remover su memoria
la existencia me costára,
yo con placer la trocára.

PEDRO. Pues bien, oiga usted la historia
de un ser, que en morir la suerte
tan solamente cifraba,
que entre la muerte moraba,
y no pudo hallar la muerte.
Él en lágrimas deshecho
me refirió su quebranto,
vertiendo mares de llanto
sobre el calor de mi pecho.—
Juan,—que así se llamó el hombre
que usted quiere conocer,—
siendo mozo, unió su nombre
al nombre de una mujer.
Hermosa cual no lo ha sido
otra alguna, su belleza
era la falsa corteza
de un corazon corrompido.
No hay delito que no cuadre
á la ambicion, y la esposa
de mi amigo fué ambiciosa.

LUISA. (¡Qué vergüenza!... ¡Era mi madre!)

PEDRO. Una hija por fruto vió
este enlace desgraciado,
que era un hermoso traslado
de aquella que el ser le dió.
Juan, á aquella encantadora
niña, loco idolatraba. (Mudando el tono.)
Casualmente se llamaba

lo mismo que usted, señora.
La dicha, la gloria era
de su padre.

LUISA. (Estoy sufriendo
horriblemente.)

PEDRO. Y temiendo
que aquella niña adquiriera
los defectos de la madre,
la educó en santa pobreza,
pero ¡ay!... la naturaleza
destruyó la obra del padre.
Torpes pasiones, livianas,
heredó...

LUISA. (¡Terrible historia!)

PEDRO. Ella afrentó su memoria,
ella deshonró sus canas,
y en su loco devaneo
su podrido corazon,
sin más Dios que su ambicion,
sin más ley que su deseo,
sacando á plaza su honor,
vendió por un poco de oro
su vergüenza y su decoro
al primer licitador.

LUISA. Señor...

PEDRO. El padre llorando
en un destierro vivía,
uno, y otro, y otro dia
siempre en su hija pensando,
y mientras con tierno afan
el padre en la hija soñaba,
la hija á su padre olvidaba
en brazos de su galan,
viendo deslizar serenas
las horas de su locura,
aquella mujer impura,
y un ladron de honras ajenas.

LUISA. ¡Padre!

PEDRO. Mas Dios se apiadó
y el padre tornó á Castilla,
y al descubrir su mancilla
se dijo: «mi hija murió.»

Y si algun dia el destino,
para ser más inclemente,
nos coloca frente á frente
en la mitad de un camino,
dile, aunque el rostro cubierto
de llanto pida perdon:
señora, mi corazon
hace tres años que ha muerto.
El nombre de esa mujer
quedó en su lugar escrito;
pero es un nombre maldito,
no lo quiera usted saber.
Es nombre que deja en pos
deshonra, perfidia, dolo,
y que al pronunciarle solo
nos mancillamos los dos.

LUISA. ¡Ah, padre mio, perdon!
(Arrojándose á sus piés.)
que tu acento conmovido
cual de un Dios ofendido
retumba en mi corazon.

PEDRO. ¡Nunca!

LUISA. ¡Que el pecho en pedazos
me rompes al despreciarme!
¡que aún pueden purificarme
el calor de tus abrazos!
¡que el crímen que llevo impreso
sobre esta frente maldita,
un beso tuyo le quita!
¡Y yo te pido ese beso!

PEDRO. ¡Nunca!

LUISA. ¡Señor, compasion!
Ve que en mi llanto me anego,
y que hoy á tus plantas llego
hambrienta de tu perdon.
No olvides que como yo.
de arrepentimiento llena,
perdon pidió Magdalena
y Dios el cielo le abrió.

PEDRO. ¡Luisa!

LUISA. Yo sé que te infamo
al infamar mi decoro...

pero tambien sé que lloro,
que me arrepiento, ¡que te amo!
(Luisa dice estos últimos versos arrojándose al cuello de su padre, el cual la estrecha contra su pecho y le da un beso en la frente. Luis, Diego, dos caballeros y varios criados salen por el foro.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, LUIS, DIEGO, CÁRLOS y ACOMPAÑAMIENTO.

DIEGO. Mira. (Señalándole á Luisa.)
LUIS. ¡Ah! ¡infame!
PEDRO. (¡Esto más!)
Ni un insulto de esa boca.
Yo sé lo que hacer me toca.
LUIS. Salgamos.
PEDRO. ¡Don Luis!...
LUISA. (Colocándose en medio.) ¡Atrás!
LUIS. ¿Qué intenta usted?
LUISA. Convencer
á todos de lo que pasa.
LUIS. ¡Oh! Salga usted de esta casa
para nunca más volver.
LUISA. ¡Qué dice! (Contempla asombrada la escena.)
PEDRO. (Otra humillacion,
y aún mi cólera contengo.)
(Se coloca delante de D. Luis con altanería, y le dice can pausa.)
Ladron de honras... yo vengo
á arrancarte el corazon.
LUIS. ¿Quién es usted, general?
PEDRO. Un hombre cuya presencia
arranca de tu conciencia
el grito del criminal.
El que al mirar el dolor
de esa mujer desvalida,
viene á pedirte la vida
en rehenes de su honor.
LUIS. General, ¿aún usted osa
á esa infame defender?
Señores, esa mujer

(Volviéndose á los caballeros, que han quedado en el foro.)

no ha sido nunca mi esposa.

LUISA. ¡Dios mio!

PEDRO. (Cogiéndola con violencia por un brazo.)
¡Luisa!

LUISA. ¡Piedad!

PEDRO. Responde... dí... ¿ese menguado
ha mentido?... ¿ha calumniado?...

LUISA. No, padre mio, es verdad,
aunque el oirlo te aflija.

PEDRO. ¡Oh! ¡lo mismo que su madre!

LUISA. ¡Padre!

PEDRO. ¡Atrás! No soy tu padre.
(Arrojándola lejos de sí con desprecio. Luisa lanza un grito y cae desplomada en el suelo. Todos acuden á socorrerla. D. Pedro se coloca delante de ella, y dice con un arranque de amor.)
¡Nadie la toque!... ¡Es mi hija!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala modestamente amueblada en casa de Inés. Dos puertas laterales que conducen á las habitaciodes interiores de la casa. Otra al foro que da á la calle.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, INÉS. Ésta se halla sentada junto á una mesita, ocupada en trabajar flores de mano. Luisa á su lado, apoyada la cabeza entre las manos.

LUISA. Mucho tarda tu buen padre,
Inés.
INES. El pobre es muy viejo,
y aunque voluntad le sobra,
las piernas dicen, no puedo.
LUISA. Mira, Inés, yo necesito
tu perdon.
INES. No hablemos de eso.
LUISA. Tu bondad es infinita
para conmigo.
INES. Dejemos
elogio que me abochorna
y que ademas no merezco.
LLISA. Tu virtud, ¡qué no merece!
¡Acaso olvidarme puedo
de que cuando todo el mundo

me rechazaba severo,
tú, cual hermana querida,
me ofreciste los consuelos
de la amistad y esta casa?

INES. Y acaso ¿no hubiera hecho
usted lo mismo?... Ademas,
usté es hija de don Pedro,
y él es mi segundo padre:
¡ha sido siempre tan bueno
para nosotros!

LUISA. Pretendes
quitar á tu favor mérito,
pero nunca olvidaré
los favores que te debo.

INES. ¿Oye usté subir?

LUISA. Si acaso
es él.

INES. ¡Ahí está mi viejo!
(Se dirige á la puerta y la abre. Antonio aparece en el foro, Luisa corre á encontrarle, mientras que Inés le obliga á sentarse en una silla que le presenta.)

ESCENA II.

LUISA, INÉS, ANTONIO.

ANT. Gracias. (Mirando á su hija.)

LUISA. ¿Y mi padre?

ANT. Acabo
de verle en este momento.

LUISA. ¿Está indignado conmigo,
muy indignado, no es cierto?

ANT. Yo le diré á usté. El marqués
es así... un poquillo terco,
y en cuanto me vió asomar
por la puerta, frunció el ceño
y me dijo:—si á esta casa
te ha conducido el intento
de hablarme de ella, es inútil,
pues yo nada saber quiero
de esa mujer.

LAISA. ¡Oh!

ANT. Mas pronto,
á su ternura cediendo,
dejó rodar una lágrima
que bañó su rostro austero,
y acabó por ofrecerme
que vendría.

INES. (Á Luisa.) Dios es bueno.
Ya verá usted como al fin...

LUISA. ¿Pero usted cree que debo
confiar que su perdon?...

ANT. No he dicho tanto, mas creo
que debe usted no perder
la esperanza, por lo ménos.

LUISA. ¡Oh! ¡no me oculte usted nada!
¿qué más dijo? porque anhelo
saberlo todo.

ANT. Despues
habló de don Luis, de Diego...

LUISA. No pronuncie usté ese nombre
delante de mí.

ANT. Comprendo
el enojo; se han portado
mal, muy mal.

INES. Es que los celos
dicen que vuelven el juicio,
y quizá en aquel momento...

LUISA. ¡Es verdad!... Luis fué siempre
tan bueno, tan cariñoso
para conmigo, y cegado
sin duda por los consejos
de un miserable...

ANT. Señora,
yo ni acuso ni defiendo,
pero dime con quién andas...
ya sabe usté el proverbio.
Uno de los cazadores
de aquellos dos que pidieron
hospitalidad en casa,
fué el que denunció á don Pedro.
Lo sé de muy buena tinta,
pues me lo dijo el sargento,

y hubiera dado una oreja
por retorcerle el pescuezo.

LUISA. Usté, Antonio, no conoce
la perversidad de Diego.
Luis fué débil, sí, muy débil,
y dió á sus calumnias crédito.

ANT. Cuando á un hombre le aconsejan
el mal, si es honrado y recto,
vuelve la espalda al delito
y desprecia al consejero.
La falta de voluntad
es, señorita, un defecto,
que aquel que un crímen comete
porque le nace de adentro,
es ménos malo que aquel
que sigue el impulso ajeno.

LUISA. Es verdad. (Llaman á la puerta del foro.)

INES. ¡Llaman!

PEDRO. (Desde fuera.) Antonio,
soy yo.

LUISA. Mi padre.

ANT. ¡Don Pedro!

(Todos corren á abrir la puerta del foro. Luisa llega primero y la abre, va á arrojarse en brazos de su padre y éste la rechaza. Luégo se dirige á Antonio y le estrecha la mano, el cual le indica con un movimiento de cabeza el dolor de que se halla poseida su hija. D. Pedro la mira, procurando dominar su emocion.)

ESCENA III.

DICHOS, D. PEDRO.

LUISA. ¡Padre mio!... ¡Me rechaza!
¡Es muy justo! Lo merezco.
(D. Pedro habla aparte con Antonio.)

PEDRO. (¿Cumpliste mi encargo? (Á Antonio.)

ANT. Sí.
Todo queda ya dispuesto.

PEDRO. ¡Dajadme con ella!)

ANT. (A su hija.) Vamos.

LUISA. (Á mirarle no me atrevo.)
(Antonio y su hija desaparecen por la derecha.)

ESCENA IV.

D. PEDRO, LUISA. Pausa.

PEDRO. Si aquí, con harto dolor
al llamarme me presento,
es porque quiero al momento
que cese mi deshonor.
LUISA. Si mi triste vida puede
curar del honor la herida,
t· me usted mi triste vida
y curado el honor quede.
PEDRO. ¡Tu vida!... ¿Piensas por suerte
que si ella lavar pudiera
mi afrenta, ya no te hubiera
mil veces dado la muerte?
Vive, pues, para tu hija,
que así lo quiere tu estrella.
LUISA. Bien... viviré para ella,
por más que el vivir me aflija.
PEDRO. Dentro de poco vendrá
Luis aquí.
LUISA. ¿Y á qué, señor?
PEDRO. Así lo exige mi honor.
LUISA. ¡Pero si no le amo ya!
PEDRO. ¿Que no le amas?
LUISA. No, y en vano
procura mi pensamiento
adivinar el intento
con que usted llama á un villano.
PEDRO. Tu hija hoy mismo nesesita
un nombre que ocultar pueda
la negra mancha que aún queda
sobre tu frente marchita.
LUISA. ¿Y usted quiere?...
PEDRO. Que al instante
se lave esa mancha odiosa,
dando la mano de esposa
al que hasta aquí fué tu amante.

LUISA. ¡Jamás!
PEDRO. ¡Jamás!
(Se dirige hácia la puerta del foro, y Luisa se le interpone.)
LUISA. ¡Oh! ¡Perdon!
¿no piensa usted que es horrible
ese enlace... que es posible
que Dios maldiga esa union?
PEDRO. ¡Serás su esposa!
LUISA. (Con resignacion.) Está bien.
Padre, aunque el serlo me afiige,
sea, pues usted lo exige.
PEDRO. Pero comprendo el desden
con que le miras, y puedes
separarte de su lado
una vez que te haya dado
su nombre, y con honra quedes.
LUISA. ¡Oh! ¡Gracias!
PLDRO. Tu hija será
hija mia y mi heredera.
LUISA. ¡Ah! Señor, ¿qué más pudiera
una madre anhelar ya?
PEDRO. Pero desde este momento
renuncia á verla.
LUISA. (Con asombro.) ¡Dios mio!...
PEDRO. Que comprendes, ya confío,
cuál será mi pensamiento.
LUISA. Padre, pierdo la razon...
PEDRO. Lejos de ella vivirás,
y á verla no volverás
hasta alcanzar mi perdon.
LUISA. ¡Quitármela!
PEDRO. Es mi deber.
LUISA. ¡Pero ese horrible castigo...
no... jamás!
PEDRO. ¿Qué dices?
LUISA. Digo,
padre, que no puede ser.
PEDRO. ¡Luisa!
LUISA. ¡No quiero... no puedo!...
soy tuya... mi vida inmola;
pero mi hija es mia sola,

mia... y á nadie la cedo.

PEDRO. Pues entónces...

LUISA. Tus enojos
cesen ya, padre querido;
sí, sí, mucho te he ofendido,
lo están diciendo tus ojos.
Soy una planta maldita
que se nutrió de veneno;
soy una flor que en el cieno
hundió su tallo marchita.
Pero de ese lodazal
en que resbaló mi planta,
una estrella se levanta
purísima, celestial.
Estrella de redencion
que alumbra mi paso incierto,
flor que embellece el desierto
de mi pobre corazon.
Ángel que el cielo me ha dado
para calmar mi agonía,
por el que espero algun dia
purificar mi pasado.
Hija que á Dios pedirá
el perdon para su madre;
y Dios, que tambien es padre,
su perdon me otorgará.

PEDRO. El pensar que has de vivir
sin ella te causa horror:
mas yo, dolor por dolor
espero hacerte sufrir.
Soy padre; justo es que exija
el mal que tú me causaste:
tú á mi hija me robaste,
yo vengo á robarte tu hija.

LUISA. ¡Robármela!... ¡Yo deliro!
¡robarme á mi hija querida!
¡Si ella es vida de mi vida,
si es el aire que respiro!
¡Oh! ¿Qué madre trocaría,
ni por el cetro del mundo,
el goce inmenso, profundo,
de abrazar á su hija un dia?

PEDRO. Ese dolor, hija ingrata,
te hará comprender el mio,
y que el pensamiento impío
de tu deshonra me mata.
Sin dolerte mi agonía,
sin dar oido á mi pena,
viviste alegre y serena
mientras tu padre moría.
Así, pues, cese el rogar:
tu hija vivirá á mi lado:
sólo así un padre indignado
puede tal vez perdonar.

LUISA. Si quieres para tus fines
probar mi arrepentimiento,
hazme sufrir el tormento
más horrible que imagines.
Con mi hija á todo me allano,
impónme un castigo horrendo,
y mientras vaya sufriendo
te iré besando la mano.
(Llaman á la puerta del foro.)

PEDRO. Abre... pues sin duda viene
Luis.

LUISA. ¡Oh! no le quiero ver.

PEDRO. Me has jurado obedecer
lo que mi labio te ordena.
Abre la puerta.

LUISA. ¿Por qué
me obligas á que le vea?

PEDRO. Luisa... te arrepientes...

LUISA. (Despues de un momento.) Sea:
mi oferta cumplir sabré.
(Luisa corre á la puerta, la abre y aparece en el dintel Luis. Luisa corre hácia el proscenio y se queda de espalda al foro. D. Pedro, inmóvil, con los brazos cruzados, contempla á los dos. Pausa.)

ESCENA V.

DICHOS, LUIS, en el foro.

PEDRO. (Á Luis.) Puede usted pasar.

LUISA. (Me faltan

las fuerzas.)

LUIS. (Á D. Pedro.) Tuve el honor
de recibir una cita,
y llego sin dilacion...

PEDRO. ¿Á saber por qué motivo
esta cita se le dió?...
Es muy justo. (Se acerca y le dice en voz baja.)
(Usted, don Luis,
sabe de sobra quién soy,
y que el obrar con prudencia
no me aconseja el temor;
pues si la vida hoy le dejo
al que la honra me quitó,
es porque más que su vida
necesito de mi honor.

LUIS. ¡Caballero!

PEDRO. Basta.) (Se dirige á Luisa.)
Luisa,
no ignoro que entre los dos
una valla insuperable
el destino levantó;
pero ese hombre me ha afrentado:
si no por tí, por mi honor
será tu esposo.

LUISA. Está bien.

PEDRO. Ya sabes que mi perdon
sólo así alcanzarse puede.

LUISA. No lo olvidaré, señor.
(D. Pedro se dirige á donde está D. Luis y le dice en voz alta.)

PEDRO. Don Luis, le dejo á usted solo
con Luisa, pues yo no soy
quien debe hablar. Sólo á ella
toca dar la explicacion
de esta cita. (Apenas puedo
tenerme.) (Entra en el gabinete de la izquierda.)

LUIS. (Pausa.) Solos los dos.

ESCENA VI.

LUISA y LUIS.

LUISA. (Dame fuerza, Dios piadoso.)

LUIS. (Á mirarla no me atrevo.)
LUISA. (Mi padre lo quiere... y debo
obedecer... es forzoso.)
Don Luis...
LUIS. Señora, perdon.
LUISA. Alce usté, es tarde ya:
sin vida en mi pecho está
para usted mi corazon.
LUIS. Es verdad... dice usted bien.
Quien cual yo se hizo culpable,
es un vil, un miserable,
sólo merece desden.
LUISA. Mi padre, dueño y señor
de mi voluntad y vida,
al ver la profunda herida
que ha causado usté á su honor,
como expiacion forzosa
de esa culpa que me abisma,
quiere que esta noche misma
me dé usté el nombre de esposa.
LUIS. ¿Pues qué otra cosa procura
mi alma que verte á mi lado,
para que borre el pasado
un porvenir de ventura?
LUISA. ¡Ventura!... Aquí nuestra union,
lazo en otros celestial,
sólo será la señal
de eterna separacion.
LUIS. ¡Qué oigo! ¡Apartado de tí,
vivir sin mi hija adorada!
LUISA. Por su cariño impulsada
en esta union consentí,
que no es digna de ser madre
la infame mujer que olvida,
que es muy poco dar la vida
por el limpio honor de un padre.
LUIS. Huiré de España, no quiero
que más tu desden me aflija.
LUISA. Dé usted un nombre á su hija
y parta usted, caballero.
LUIS Partiré.
LUISA. Nuestra mision

terminó ya.

LUIS. Luisa .. Dí...
¿no podré esperar de tí
algun dia mi perdon?

LUISA. ¡Nunca!

LUIS. Luisa, quizá
si supieras cuán horrible
es mi suerte, más sensible
te hubieras mostrado ya.
Un hombre turbó la calma
de nuestra dulce existencia;
y vendiendo su conciencia
fué emponzoñando mi alma.
Él á tu padre acusó
sin avisármelo á mí.

LUISA. ¿Y usted lo ignoraba?

LUIS. Sí.

LUISA. ¿No fué usted cómplice?

LUIS. No.
Salvarle quise y jamás
do estaba pude saber.

LUISA. ¿No fué usted?...

LUIS. Yo podré ser
débil, infame jamás.

ESCENA VII.

DICHOS, D. PEDRO, se va acercando hasta colocarse delante de los dos.

LUIS. (¡El general!...)

LUISA. (¡Ah!... mi padre.)

LUIS. Señor...

PEDRO. Todo lo he escuchado,
mas para pagar la deuda
que usted con mi honra contrajo,
no basta que un sacerdote
bendiga la union de entrambos;
es necesario algo más,
señor don Luis; el escándalo
fué público, y ha de ser
público mi desagravio.

LUIS. No acierto...
PEDRO. Su noble tia,
que tanto empeño ha mostrado.
en desunirles, será
la madrina, y por su mano
conducirá al pie del ara
á mi hija. Los que se hallaron
anoche en casa de usted,
pues mi afrenta han presenciado,
mi reparacion presencien
por usted mismo invitados.
LUIS. ¿Y si mi tia se niega
á acceder?...
PEDRO. ¡Oh!... no, al contrario,
su tia de usted irá
muy gustosa, ya el obstáculo
de las distancias no existe,
y accederá de buen grado
cuando sepa que es mi hija
la que honra á usted reclamando
una promesa sagrada
que usté la hizo.
LUIS. Sin embargo,
señor marqués, es muy duro
para mí...
PEDRO. El que nace honrado,
ántes que á su orgullo... acata
su conciencia. Usté contrajo
una deuda con mi honra
y pagarla es necesario.
¿Vacíla usted?
LUIS. General,
corro á verla, y si no alcanzo
su consentimiento, entónces
habré como bueno obrado,
y vendré á ofrecer mi vida
á usted, ó á Luisa mi mano. (Váse.)

ESCENA VIII.

DICHOS ménos LUIS.

LUISA. (Que Dios le guie.) Señor,
ahora mi sentencia aguardo.
PEDRO. Si tú mi perdon anhelas,
Luisa, has de vivir un año
en esta casa sin más
auxilios que tu trabajo;
si cumples con humildad
cuando se termine el plazo,
tal vez olvide mi afrenta
y te reciba en mis brazos.
LUISA. Lo haré, señor: es muy justo
ese castigo, y lo acato:
le juro á usted que sabré
con valor llevarlo á cabo.
PEDRO. ¡Inés!... (Llamando.)
(Este sale y D. Pedro le habla en voz baja.)
INES. ¡Señor!
PEDRO. Obedece. (Váse Inés.)
(Conmigo mismo batallo,
porque al contemplar sus lágrimas
va mi valor amenguando.)
(Inés sale y lleva una caja de carton bastante grande para que pueda contener dentro un vestido.)
LUISA. Señor, ¿qué es esto?
PEDRO. El regalo
de boda: un vestido humilde.
tan humilde como honrado.
Esta jóven virtuosa
lo ganó con su trabajo;
su bondad y su honradez
por mucho tiempo moraron
envueltas con su pobreza:
yo para tí lo he comprado,
pues la virtud purifica
al crímen con su contacto.
vestida con él, espera,
Luisa, á que termine el plazo.

JUANA. Yo obedezco resignada,
padre; y dichosa si alcanzo
mi perdon; ya de mi cuerpo
no se apartará; no... en vano
tú me avergonzaste un dia,
hoy te venero, te amo.
(Luisa coge la caja y desaparece por el gabinete de la derecha. D. Pedro se deja caer en una silla, y se cubre la cabeza con las manos.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, INÉS.

INES (Quisiera partir con ella:
sus penas... no son tan malos
como dicen... Porque al fin
se arrepienten... y eso es algo.)
Señor don Pedro, ¿por qué
(Se acerca á D. Pedro y le dice con dulzura.)
no se arrojó usté en sus brazos?
Ella sufre, usted padece,
y el remedio está en su mano.
PEDRO. Inés. . si tú comprendieras
mi dolor... ¡la quiero tanto!
¡Es tan desgraciada!... y luégo
es madre tambien.
INES. Es claro;
usted no puede vivir
así; se está usted matando;
tiene usted cara de hombre
de bien, y se hace usté el malo;
si lo conoce cualquiera
que se encuentra usté afectado:
si están diciendo esos ojos
que se da usted un mal rato;
si usté está sufriendo mas
que ellos, y al fin y al cabo
usted es padre, y á un padre
perdonar le es necesario.
PEDRO. Esta rudeza, hija mia,
mañana ha de ser el bálsamo

bienhechor que cicatrice
sus heridas. Entre tanto,
Inés, la prueba arriesguemos
que debe salvar á entrambos!
en Dios confio; ahora escucha:
en mi coche está esperando
un caballero; le dices
que puede subir, que aguardo.
(Váse Inés por el foro.)

ESCENA X.

D. PEDRO, solo.

Es necesario comprarle;
y si el oro fuera vano,
aun tengo fuerte la mano,
será preciso matarle.
Yo necesito tener
un papel por él escrito,
que acredite su inaudito,
su villano proceder.
Sí, Dios fuerza me dará
para hacerle que transija,
pues por el bien de una hija,
¡qué no hace un padre!

ESCENA XI.

D. PEDRO, INÉS y DIEGO, por el fondo.

INES. (Á Diego.) Ahí está.
(D. Pedro al ver á Diego en la puerta se acerca al gabinete de Antonio, y le dice con calma.)
PEDRO. ¡Antonio!
(Éste sale, y D. Pedro le dice en voz baja.)
Ponte á la puerta,
y cumple bien con mi encargo:
si le ves bajar y escuchas
la seña que dije. . mátalo.
ANT. Está bien. (Váse por el foro.)
PEDRO. (Á Inés.) Inés, retírate.

(Váse por la izquierda.)

DIEGO. (¡Vaya una escena!)

PEDRO. (Veamos.)

ESCENA XII.

D. PEDRO, DIEGO. D. Pedro lo contempla un momento, luégo se sienta.

DIEGO. (Este es hombre de valor.
¡Audacia y serenidad!)

PEDRO. Te extrañará á la verdad...

DIEGO. ¿Me tutea usted? ¡mejor!
Es una prueba evidente...

PEDRO. Sí, de que te he conocido.

DIEGO. Ocultar nunca he querido
mis defectos á la gente.
Y pues que sabe barrunto
adonde mi audacia raya,
le suplico á usted que vaya
directamente al asunto.

PEDRO. Diego, mi objeto al traerte
aquí, es porque no ignoro
que tienes apego al oro
y deseo enriquecerte.

DIEGO. Falta me hace.

PEDRO. Ya lo sé.
¿Cuánto una carta dictada
por mí, y por tí firmada,
me costaría?

(Diego le mira un momento, luégo se sienta al otro lado de la mesa, coge una pluma, prepara el papel y dice con serenidad.)

DIEGO. Dicte usté,
que me precio de barato,
pero esté usté advertido
que segun el contenido
de la carta, será el trato.

PEDRO. Escribe. «Soy un villano (Diego escribe.)
»calumniador, que por oro
»vendo conciencia y decoro.»

(D. Pedro se acerca á Diego y dice aparte.)

(¡Y no le tiembla la mano!)

DIEGO. Oro.

(Sin levantar la mano del papel y como acabando la frase. D. Pedro hace un movimiento de indignacion, luégo se contiene y continúa dictando.)

PEDRO. «Un vil que no repara
»en crímenes... de manera,
»que hasta mi padre vendiera
»si alguno me lo comprára,
»porque no hay hombre en la córte
»que en vicios á mí se iguale.» (Pausa.)

DIEGO. Un millon lo escrito vale.

PEDRO. Escribe y nada te importe.

DIEGO. «Iguale.»—¿Se ha terminado?

(Mirando á D. Pedro.)

PEDRO. Sí, firma. (Diego deja la pluma y se levanta.)

DIEGO. Aquí punto haremos,
señor don Pedro, y hablemos
un poco de lo pactado.
Ya la misiva en cuestion
escrita está: lo confirma
este papel. Mas mi firma...
exige una condicion.
Yo mancho aquí mi decoro.

PEDRO. ¡Tu decoro!...

DIEGO. Usted lo quiso,
y esas manchas, es preciso
que las cubramos con oro.
Por lo cual, no hay más que hablar;
obremos como leales;
me da usté un millon de reales
y estoy dispuesto á firmar.

PEDRO. Yo condiciones no admito:
pago segun me parece.
Toma, pues más no merece

(Arroja una cartera sobre la mesa.)

ese miserable escrito.

DIEGO Poco abulta.

PEDRO. De la córte
saldrás por siempre esta vez.

DIEGO. Todos de á mil... ocho... diez...

(Registrando la cartera y sacando algunos billetes

de banco.)
y este pliego... un pasaporte. (Lo lee.)

PEDRO. Para tí.

DIEGO. ¡Se me destierra!
Es un abuso en verdad...
pero en fin, la sociedad
vive así sobre la tierra.

PEDRO. Estás cogido en el lazo.

DIEGO. ¡Pst! me parece muy bien,
porque lo que es yo tambien
cuando hallo á un lobo... lo cazo.

PEDRO. Hoy partirás para Francia,
pues ya la vez te ha tocado.

DIEGO. ¿Conque soy un emigrado?

PEDRO. Sí.

DIEGO. Pues me daré importancia.

PEDRO. Firma. (Presentándole la carta.)

DIEGO. ¡Vuelta á la manía!
Vamos, ¿y si no firmára
y en España me quedára?

PEDRO. Entónces te mataría.

DIEGO. ¡Cómo! (Y lo hará tan corriente.)

PEDRO. Basta de vacilacion.
¿Firmas?

DIEGO. Si tiene usté el don
de seducir á la gente.

PEDRO. Tú un dia me delataste
y perderte puedo hoy.
Elige.

DIEGO. Nada, me voy
convencido, y esto baste.
(Diego firma la carta y se la entrega al marqués que la examina con detencion.)

PEDRO. Está bien.

DIEGO. Venció usté al fin;
me resigno humildemente,
que á todo bicho viviente
le llega su San Martin.
(Luisa sale por la puerta de la derecha: viene vestida con un traje oscuro y modesto: al ver á Diego, se queda asombrada: Diego la mira sonriendo y se va por el foro.)

ESCENA XIII.

D. PEDRO, LUISA.

LUISA. Ese hombre...
PEDRO. (Le entrega la carta de Diego.)
Toma.
LUISA. (Despues de leerla.) ¡Ah, señor,
cómo pagar tal fineza!
PEDRO. Mañana ya tu cabeza
podrás erguir sin rubor.
Si en torno de tí alza el grito
la calumnia torpe y loca,
para que cierre tu boca
bastará con este escrito.
LUISA. Padre, mi gozo mayor
es ver tu rostro sereno:
¿por qué siendo tú tan bueno
no me perdonas?...
ANT. (Apareciendo en la puerta del foro.) ¡Señor!

ESCENA XIV.

DICHOS, ANTONIO.

PEDRO. ¿Qué quieres?
ANT. Fué una imprudencia
entrar así, sin decir...
mas como he visto salir
al prójimo, y en conciencia
no debía haber salido...
al verle bajar me dije:
que escapes sano me aflige;
mas mi señor lo ha querido...
y de obediente me precio,
aunque me aferro en mis trece.
PEDRO. Ese infame no merece,
Antonio, más que el desprecio.
ANT. No digo que no... ¡corriente!
(Inés ha salido por la puerta de la derecha.)
INES. Ya sube.

(Se acerca á Luisa y le dice en voz baja: «ya sube.» Luisa fija su mirada en la puerta del fondo, á cuyo tiempo aparece Luis en ella. Luisa corre hácia él, pero se encuentra con la severa mirada de su padre, y se detiene.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, INÉS, LUIS.

LUIS. (Entrando.) Luisa... (Á D. Pedro.) Señor...
la he hablado.
LUISA. (Alienta, amor.)
PEDRO. ¿Y dijo?
LUIS. En todo consiente
y abajo en su coche espera
con los testigos.
PEDRO. Id pues.
INES. (¿No va usted, señor?) (Á D. Pedro.)
PEDRO. (Á Inés.) No, Inés,
que no debo aunque quisiera.
LUISA. ¿No quiere usted bendecir
nuestro enlace?...
PEDRO. Es imposible.
LUISA. Sin su perdon, cuán horrible
se presenta el porvenir.
PEDRO. Aunque me mate la pena
viendo el dolor que te aflige,
así vuestro bien lo exige,
así mi deber lo ordena.
LUISA. Padre, el dolor que rebosa
en mi corazon me dice
que si usted no nos bendice
mi hija no será dichosa;
por ella cese esta lucha.
PEDRO. Bien. Bendeciré tu union,
mas con una condicion.
LUISA. La acepto, señor.
PEDRO. Escucha:
quiero que esté en tu memoria
tu pasada historia fija,

que no ocultes á tu hija
nada de tu triste historia;
que le cuentes tu inquietud,
tu pena, tu afan constante,
y al ver al crímen delante
tendrá amor á la virtud;
desde su más tierna edad
la enseñarás con dulzura
de la virtud la hermosura,
del vicio la fealdad,
para que sepa que en pos
va siempre del vicio inmundo
el menosprecio del mundo
y la maldicion de Dios,
pues por cada criminal
que muere en lecho de flores,
mueren mil entre dolores
en medio de un hospital,
sin que un hijo idolatrado
su último aliento acompañe,
sin que una lágrima bañe
aquel cuerpo inanimado.
Pues sólo entre su miseria
buscando al Dios que perdona,
avergonzada abandona
su alma impura la materia.

LUISA. Padre, aquí en mi corazon
tus palabras se han grabado;
mi hija viviendo á mi lado
ha de ser mi expiacion.
Mas ántes por lo más santo
y por el mal que te he hecho,
deja que sobre tu pecho
derrame mi amargo llanto.

PEDRO. ¡Luisa!...
(Comprimiendo su emocion y procurando ocultar las lágrimas que humedecen sus párpados.)

INES. ¡Vamos!... (Con acento suplicante.)

PEDRO. (Venciéndose á sí mismo, y rechazando las manos de su hija, que juntas y suplicantes se extienden hácia él.)
¡No... jamás!

LUIS. ¡Padre, cesen tus enojos!...
(Cogiéndole una mano.)

INES. Si están diciendo esos ojos
su pena...

PEDRO. (No puedo más.)
(Todos rodean á D. Pedro, el cual procura desasirse de las manos que le detienen y de las miradas suplicantes que le dirigen.)

LUISA. ¡Que mi expiacion no creas!...
¡Perdóname, por tu madre!

PEDRO. (Despues de un momento de indecision mira en torno suyo, y abriendo sus brazos y corriendo á donde está su hija, dice con un grito del corazon.)
¡No puedo más, hija!...

LUISA. (Lanzando un grito y corriendo á sus brazos.)
¡Padre!...
¡Bendito, bendito seas!...

FIN DEL DRAMA.

CENSURA ESPECIAL DE TEATROS.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid, 5 de mayo de 1859.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

Amor al arte	1	D. José Jackson Veyan.	Todo.
Cantar en la mano	1	A. Rodajo y A. del P.	»
Carambola por chiripa	1	José Estrañi	»
El hombre mosca	1	E. Jackson Cortés	»
El poder del oro	1	E. Ceballos Quintana.	»
El sexo débil	1	Miguel Echegaray	»
La cesta de la plaza	1	José Navarrete	»
La gloriosa Resurreccion de N. S. J.	1	A. Campoamor	Libro.
Los niños de ayer	1	E. Ceballos Quintana.	Todo.
Por el señor de La Casa	1	Soravilla y Pascual.	»
Un jóven aprovechado	1	J. Balader y J. Sales.	»
Una suegra en batería	1	E. Ceballos Quintana.	»
Demonio y Ángel	2	Miguel Pastorfido	»
La redencion del pasado	2	Granés y Pastorfido	»

ZARZUELAS.

El pan de la emigracion	1	D. N. N.	L. y M.
La familia Bachicha	1	Palomino y Vidal	L. y M.
El mundo va á arder	1	Granés y Pastorfido	L. y M.
Tormenta	1	M. Nieto	Música
El bufon de S. A.	2	S. Bustillo	Libro.
Cuento de hadas	3	R. Puente y Brañas	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.